

Jesús A. Espallargas

SOMERONDÓN



Equipo  CAIOO

*Dirección:*

Guillermo Fatás y Manuel Silva

*Coordinación:*

M<sup>a</sup> Sancho Menjón

*Redacción:*

Álvaro Capalvo, M<sup>a</sup> Sancho Menjón, Ricardo Centellas

Publicación nº 80-5 de la  
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

© del texto: Jesús A. Espallargas Ezquerra

© de las ilustraciones: Somerondón, Jesús Rubio, Luis Serrano Pardo,  
Fototeca de la Diputación Provincial de Huesca, Centre  
Excursionista de Catalunya, Institut Amatller, Museo  
de Sevilla, Columbia University de Nueva York y el  
autor.

I.S.B.N.: 84-88305-68-0

Depósito Legal: Z. 2191-98

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Talleres Editoriales COMETA, S.A.

# ÍNDICE



<b>Introducción</b>	5
<b>EL TRAJE TRADICIONAL ¿QUÉ ES?</b>	7
<b>EL TRAJE FEMENINO</b>	13
<b>EL TRAJE MASCULINO</b>	20
<b>ÁREAS GEOGRÁFICAS</b>	29
<b>El Pirineo</b>	29
Valles occidentales. Ansó y Echo	31
Valles centrales y orientales	42
<b>La Tierra Llana</b>	51
El entorno geográfico	51
La influencia de la capital	52
El Bajo Aragón y el Cinca. Los vestidos de Fraga	61
Acerca de algunos equívocos	70
Los vestidos de Alcañiz	71
<b>Sistema Ibérico</b>	73
Desde el Moncayo hasta Albarracín	73
Sierra de Gúdar y Maestrazgo	79
<b>CONCLUSIÓN</b>	85
<b>Glosario</b>	87
<b>Bibliografía</b>	93



**E**n las páginas que siguen encontrará el lector un panorama de lo que hoy entendemos por indumentaria tradicional aragonesa, parte importante del pasado y de las tradiciones de nuestra tierra.

Es este un tema que resulta cada vez más atractivo para el público en general, ya que la forma de vestir tradicional de una comunidad forma parte de la definición de su personalidad. Los diferentes tipos de prendas, tejidos y modas que usaron nuestros antepasados deben ser tratados como uno de los elementos más significativos y próximos de nuestro patrimonio cultural, fruto de los condicionantes a los que este pueblo se ha visto expuesto y de la evolución de sus comportamientos y costumbres como colectivo humano.

El grupo universitario Somerondón ha desarrollado a lo largo de sus más de veinte años de existencia un profundo trabajo de campo en torno a los usos populares del vestir en esta tierra. Ello nos ha permitido recuperar infinidad de prendas, así como un amplio muestrario de documentos gráficos (dibujos, grabados, fotografías) y, lo más importante, los testimonios de las gentes de nuestra tierra, la memoria todavía viva de los hombres y mujeres que a lo largo del tiempo han sabido ir adaptando lo propio y lo

que les llegaba de fuera para integrarlo en su vida cotidiana. Aragón ha sido y es una encrucijada de caminos y corrientes culturales, lo que ha estimulado la capacidad de asimilación de sus gentes hasta el punto de que este rasgo ha llegado a señalarse como parte esencial en la identidad del pueblo aragonés.

Sabemos que se buscará en esta obra una guía para conocer la forma en que se vestían antiguamente en tal o cual comarca. No olvidaremos este aspecto en ningún momento, pero sabiendo que hacer afirmaciones categóricas sobre ello no podría llevarnos sino a conclusiones erróneas. Por lo tanto, intentaremos desarrollar el tema sin dogmatismos ni exclusivismos, por otra parte tan perjudiciales en todos los terrenos del hacer humano.

## EL TRAJE TRADICIONAL ¿QUÉ ES?



**E**l Traje Tradicional Aragonés no existe, y no existe así, con mayúsculas y como un “uniforme” establecido. Como en tantos otros aspectos de nuestra cultura, en lo que se refiere a la indumentaria popular lo único que podría considerarse característico de Aragón es precisamente su gran riqueza de variantes. En esta comunidad se han dado a lo largo de la historia unas condiciones físicas, económicas y culturales tan diversas que han determinado la existencia de una amplísima gama de modalidades en el vestido.

La imposibilidad de definir un modelo único para el traje tradicional aragonés es evidente desde el punto de vista geográfico, puesto que en las diferentes comarcas de nuestra comunidad las formas de vestir no han sido en absoluto las mismas; pero aun dentro de una misma localidad se daba una tremenda diversidad de usos en la indumentaria en función de la pertenencia del individuo a una determinada clase social (no se visten igual los ricos que los pobres), de su edad (jóvenes y viejos tampoco visten los mismos tipos de prenda), de la época del año, de la ocasión...

El atuendo de las clases más adineradas evidenciaba la intención de éstas por distanciarse de aquellos sobre quie-

nes ejercían su poder. El grupo social dominante se permite el lujo de cambiar con frecuencia su indumentaria e incorporar las novedades de la moda internacional. Por eso, lo más interesante es analizar la indumentaria propia de las clases populares, de la gente de la calle que tenía que ajustarse a unas limitadas posibilidades económicas. Incluso dentro de este grupo podremos establecer diferencias: los respectivos modos de vida de propietarios, jornaleros y artesanos determinarán también distintas formas de vestir.

Hay aún muchos otros factores que influyen en el vestido. Por norma general, se establece una diferenciación básica entre jóvenes y mayores, especialmente en lo que se refiere al uso de los colores: más atrevidos en la ropa de los primeros, que adoptan con mayor facilidad las novedades, oscuros en la de las personas de edad, por el mayor apego que muestran hacia la tradición.

Por otra parte, el clima de un lugar y la época del año también son, obviamente, condicionantes a la hora de vestir, lo mismo que las posibilidades económicas de cada individuo y la ocasión para la que éste se vista: para trabajar, por ejemplo, se imponían las prendas cómodas y resistentes a la suciedad, mientras que para las fiestas había que exhibir los mejores trajes. Las ocasiones más señaladas, como las bodas o los funerales, exigían también el uso de unas determinadas ropas: las más ricas en el primer caso, el correspondiente luto en el segundo.

Además, hay una marcada diferenciación por sexos, pues el hombre disfrutaba de mayores posibilidades de entrar en contacto con otras zonas y por tanto de conocer nuevas prendas y modas, que adoptaba con más facilidad; mientras que la mujer, que antaño apenas realizaba desplazamientos fuera de su localidad natal y permanecía más unida a la casa, se mostró más conservadora en sus formas de vestir.

Podríamos terminar este listado de circunstancias que determinan la existencia de variantes en el vestido aludiendo al gusto individual del usuario: su mayor o menor receptividad ante las novedades, su afán por llamar la atención o su talante conservador se traducirá obligadamente en su forma de vestir.



**Estampa de aragonesa. Hacia 1886.  
Cuadrado, Aragón, 1886.**

*Largas y voluminosas faldas, cuerpos ajustados  
y pañuelos cubriendo los hombros.*

Hoy en día estamos acostumbrados a renovar nuestro vestuario prácticamente cada año; sin embargo, en las sociedades tradicionales las prendas se llevaban hasta que eran inservibles y aun después de eso se reutilizaban para otros usos, aunque fuera para trapos. Eran habituales las labores de zurcido y remiendo para alargar la vida de las ropas. Sólo existía una excepción: los trajes de mudar o de fiesta, ya que, dado el escaso uso que se les daba, podían conservarse durante generaciones. El mejor traje de que disponía un hombre en el Aragón del siglo XIX sería el que le acompañaría en los momentos más relevantes de su vida: su boda, las grandes fiestas y, finalmente, su entierro. Y con las mujeres ocurría algo parecido.

En la economía de subsistencia que caracterizó a la sociedad tradicional aragonesa, dedicada fundamentalmente a labores agrícolas y ganaderas, la pauta fundamental de la existencia era la austeridad. Partiendo de esa necesidad de aprovechar al máximo los recursos propios, se comprende fácilmente el hecho de que aquellas materias primas procedentes del entorno (lana, lino, cáñamo, esparto y pieles) fueran la base para abastecer la demanda fundamental de vestido y calzado. Se desarrollaron diversos tipos de industrias locales a partir de estos materiales; otra producción textil menos extendida fue la de la seda, con centros de fabricación en Zaragoza y Fraga. Por su parte, los algodones, cada vez más usados, llegaron desde las industrias catalanas.

En las páginas siguientes, sin embargo, comprobaremos cómo también antiguamente las corrientes de la moda influyeron en la evolución de los trajes, al igual que ocurre hoy en día. Por supuesto que esta evolución se produjo a un ritmo mucho más lento del que vivimos en la actualidad, porque las innovaciones debían pasar primero por un proceso de adaptación y sedimentación en las costumbres de la gente: los cambios repentinos, por lo general, sólo provocaban el rechazo de la comunidad.



**Estampa de aragonés. Hacia 1886.  
Quadrado, Aragón, 1886.**

*Las prendas básicas de su vestido: alpargatas, calcillas, calzón, chaleco, faja, chaqueta y pañuelo a la cabeza.*

De hecho, la tipología de prendas más frecuente en el siglo XIX para casi todas las comarcas aragonesas, basada en modelos heredados del siglo anterior, fue modificándose con el tiempo según los cambios en el gusto y las costumbres.

Pasaremos primero a definir las características generales de esta tipología en la indumentaria habitual de hombres y mujeres para realizar después un recorrido por las variantes que ésta presenta en las distintas comarcas de nuestra tierra.

# EL TRAJE FEMENINO



## LAS FALDAS Y SUS COMPLEMENTOS

Las mujeres llevaban un número variable de faldas superpuestas, con diferente función y de diversas calidades, que en conjunto realzaban la forma esbelta del talle por contraste con el engrosamiento de las caderas. Con este mismo objetivo se usaron cada vez con más frecuencia corsés que ceñían fuertemente la cintura, exagerando su delgadez.

Bajo las faldas, la mujer utilizaba como única prenda interior una amplia camisa de escaso vuelo y largos faldo-nes confeccionada habitualmente en lino, lienzo o cáñamo y más recientemente en algodón. Sobre ella, y cubriendo su mitad inferior, se colocaban una serie de **enaguas**, que eran faldas interiores de hilo o algodón, generalmente blancas y decoradas en mayor o menor medida a base de puntillas, entredoses o lorzas. Como prenda de abrigo y recato para las piernas estaba el **refajo**, enagua de poco vuelo tejida con agujas o a ganchillo. También se llevaban las llamadas enaguas o **sayas barreras**, de algodones estampados y colores sufridos, que se ponían sobre todas las demás para protegerlas de la suciedad.

Había aún otra pieza, llamada también refajo, que consistía en unas faldas de gruesa tela de paño en diferentes

colores y diseños y que se usaba como prenda de protección y abrigo. Por supuesto, su principal característica, como para el resto de las faldas, era la de tener gran vuelo, recogido muy fruncido en la cintura. Habitualmente se llevaban bajo la falda exterior, aunque también podían sustituir a ésta.

La falda exterior, llamada también **saya**, iba encima de todas esas enaguas y refajos. Confeccionada en tejidos diversos según el uso que fuera a dársele (algodón, lana, seda o mezclas de estos materiales) quedaba como elemento visible del traje. A principios del XIX las sayas llegaban a la altura del tobillo femenino; pero años después, y como consecuencia de una corriente más puritana, se fueron alargando progresivamente hasta que en el cambio de la centuria apenas dejaban ver la punta del pie.

Como protección para evitar roces y manchas estaba el delantal, que cubría prácticamente toda la parte delantera de la saya. Los hubo en materiales toscos para el trabajo, pero otros se confeccionaron en tejidos finos con esmerados adornos a base de puntillas y bordados e incluso se usaron modelos de dimensiones muy reducidas, perdiendo su función inicial para pasar a ser una prenda meramente decorativa.

Un elemento imprescindible para las mujeres era la **faldriquera**, **faltriquera** o **bolsillo bajero**. Se trata de una

bolsa abierta por delante que sirve para guardar pequeñas cosas o dinero; se ataba a la cintura sobre las enaguas y se accedía a ella a través de las aberturas laterales de la saya y los refajos. Hemos de tener en cuenta que ninguna de las prendas que usaban las aragonesas tenía bolsillos. Había faltriqueras simplemente cosidas a partir de pequeños retales sobrantes, realizadas en telas de mayor calidad y con decoración bordada, o también tejidas a punto de agujas o ganchillo.

## JUBONES Y CUERPOS

Para cubrir el torso existieron varias prendas que se sucedieron en el tiempo. En primer lugar, y por pervivencia del siglo XVIII, se usaron los cuerpos muy ajustados y con fuertes armazones o varillas. Sin embargo, la pieza más generalizada en el siglo XIX fueron los **jubones**, que seguían muy pegados al cuerpo pero ya no incorporaban los elementos rígidos. Solían ir abiertos por delante, sujetos con cierres metálicos, y eran cortos hasta la cintura. Las mangas, también muy ajustadas, tenían forma para facilitar el movimiento del brazo. No llevaban decoración, o en todo caso sólo en el puño, pues era la única parte que quedaba visible: el resto se cubría con pañuelos o mantones.

Para épocas más calurosas se usaba el **justillo**, prenda similar al jubón pero sin mangas y entallada por delante

mediante cordón (**encordadera**) y ojetes. También podían ir abiertos por la espalda, y en este caso llevaban encordaderas tanto por delante como por detrás.

En los últimos años del XIX surgieron las **chambras** o **cuerpos**, cuyo uso se mantuvo en muchos casos hasta bien entrado el siglo XX. Ambos de manga larga y menos ajustados que los jubones, popularmente se diferenciaron llamando chambra a las prendas sencillas de diario, de algodón o lanilla, abotonadas y entalladas a la cintura, y cuerpos a aquellas confeccionadas con materiales de calidad y más decoradas. Estos últimos, como nueva versión de la moda burguesa, se llevaban sin ningún pañuelo ni prenda que los cubriera, al modo de las señoritas de la alta sociedad.

## PAÑUELOS Y MANTONES

Pero lo habitual era que las mujeres llevaran por encima de hombros pañuelos, mantoncillos, mantones o toquillas. La variedad de estas prendas en cuanto a tamaño, materiales y decoración era enorme: se confeccionaban en lana, seda, algodón (en menor medida) o mezclando estos productos; llevaban decoración estampada, **adamascada** (o sea, aquella en la que el propio tejido forma el dibujo) o bordada; podían ser de color liso, combinando dos tonos o totalmente coloreados, con o sin fleco y de tamaños que oscilan desde el del pequeño pañuelo de cabeza hasta las

grandes piezas de casi dos metros de lado.

Y si rica era la diversidad de estas prendas, no lo era menos la forma en que podían colocarse: siempre doblados en diagonal, se ajustaron con alfileres al cuello para unir las dos mitades por delante sin dejar escote, cruzarlas levemente, cruzarlas atando las dos puntas en la espalda, sujetar con el delantal las puntas sueltas, etc.

## MEDIAS Y CALZADO

Las medias con las que las mujeres cubrían sus piernas estaban confeccionadas con agujas, en lana o algodón. Predominaban los colores blanco y negro, tenían pie y llegaban justo hasta la rodilla. Se sujetaban con **ligas** o **atadores**, que también adoptaron formas y categorías diversas: desde una simple cinta blanca de algodón hasta ricas ligas con decoración bordada y abundantes adornos.



**Cinco amigas. Hacia 1915.**

*Las modas burguesas internacionales de fines del XIX se incorporaron al vestuario de las clases populares.*

Como calzado se llevaban prendas más bien arcaizantes, como **abarcas** de piel, zuecos, alpargatas y **espardeñas** (todas ellas con múltiples variantes), junto con otras más evolucionadas: los zapatos y los botines, utilizados sólo en ocasiones señaladas por ser piezas de cierto lujo.

## PEINADOS

El tocado más extendido en tierras aragonesas en épocas pasadas fue el moño **"de picaporte"**, especie de lazo vertical que se hacía trenzando el pelo al modo de un tejido y que se colocaba en la parte posterior de la cabeza. Este peinado, habitual a mediados del siglo XIX no sólo entre las mujeres aragonesas sino entre las de muchas otras

áreas españolas, está documentado por medio de grabados y fotografías, y se ha conservado con características peculiares en algunas comarcas de nuestra comunidad, como la de Fraga.



**Peinado de picaporte.**

*Este peinado fue habitual en Aragón hasta el último tercio del siglo XIX, cuando se comenzaron a llevar los moños de rosca.*

Sin embargo, el más común entre las ancianas hasta época reciente era el moño **"de rosca"**, peinado que sustituyó por su sencillez al de picaporte en la segunda mitad del siglo XIX. La rosca se confeccionaba tensando bien el cabello y recogiendo-

lo en la nuca, donde se trenzaba, enroscaba y sujetaba a la cabeza con horquillas o peinetas. Existían ligeras variantes según la forma en que se dispusieran las trenzas.

El rasgo característico de estos peinados era la sujeción de los cabellos, con lo que se trataba de evitar en la medida de lo posible que penetrara en ellos el polvo, la suciedad y los piojos. La higiene en esta época era mínima, y el cabello no se lavaba, sino que se peinaba y repeinaba hasta eliminar de él la suciedad y los elementos extraños.



**Regreso de la huerta.**

*Para las faenas del campo se visten prendas cómodas, generalmente muy usadas y de materiales baratos.*

## EL TRAJE MASCULINO



Entre los hombres se mantuvo hasta el último cuarto del siglo XIX, de forma generalizada, el tipo de traje considerado tradicional. Era este un modelo basado en los que se usaban en el XVIII, aunque el origen de algunas de sus prendas pueda remontarse más atrás. Los calzones cortos hasta la rodilla fueron su elemento más representativo, de forma que su abandono en las décadas finales del siglo marcó el inicio de una serie de cambios radicales en las formas de vestir.

Enumeraremos las prendas que conformaron el vestido masculino, incluyendo referencias al proceso de transformación socioeconómica que se vivió en esta época y que tuvo su consiguiente repercusión en la indumentaria. Una cuestión ya mencionada es el hecho de que los hombres asimilaron con mayor rapidez que las mujeres las nuevas tendencias y prendas. Ellos acudían con más frecuencia a las ferias y a la ciudad, donde entraban en contacto con las innovaciones en el vestir, que acababan por imponerse sobre lo tradicional.

### CAMISAS Y ZARAGÜELLES

En un principio también el hombre utilizó, como única ropa interior, la larga camisa de lienzo, hilo o algodón. Era

una prenda amplia, con una abertura en el pecho que no llegaba a la cintura, largos faldones y mangas anchas. Podía llevar cuello, cuya forma variaba según las tendencias de la moda. Lo que hace más peculiares a estas camisas es la llamada *pechera*, pieza que se añadía en la parte delantera, a ambos lados de la abotonadura, y que en algunos casos podía recibir decoración bordada.

La otra prenda interior de los hombres, los **zaragüelles** o calzoncillos, fue incorporada por una minoría a principios del siglo XIX y tardaría aún varias décadas en generalizarse. Confeccionado en tejidos similares a los de las camisas, era un pantalón corto hasta debajo de la rodilla, donde se ajustaba mediante cintas, con una abertura a modo de bragueta. Los zaragüelles no debían asomar por debajo del calzón, aunque tampoco se evitaba que se viesen un poco, pues en un primer momento fueron considerados como un símbolo de ostentación.

## PANTALONES

Sobre los calzoncillos, generalmente de color blanco (aunque también los hubo rayados y a cuadros, sobre todo cuando comenzaron a confeccionarse en algodón), se llevaba el **calzón**, pantalón ajustado a la pierna hasta debajo de la rodilla. Su antecesor directo fue el calzón cortesano, el “culotte” de la alta sociedad francesa que había marcado la moda en la Europa del siglo XVIII. Entre las

clases populares se confeccionaron en los materiales que se tenían a mano: paños, estameñas y, en casos muy especiales, sedas. Al igual que para el resto de las prendas, en su evolución fue muy importante la llegada de los tejidos industriales de algodón (panas y terciopelos, procedentes sobre todo de Cataluña), cuyo uso se extendió rápidamente dada su comodidad, calidad, facilidad de limpieza y bajo coste.

Una pieza que desde finales del siglo XIX se convirtió en prenda habitual de los aragoneses fue el pantalón largo, olvidado frecuentemente al hablar de la indumentaria tradicional de nuestra tierra. De hecho, los pantalones largos fueron contemporáneos absolutos de los trajes femeninos que llamamos "de época", y coexistieron desde muy pronto con las prendas comúnmente consideradas tradicionales. Se usaron, pues, a la vez que los calzones hasta que estos últimos fueron abandonándose progresivamente, lo que en casos aislados y en determinados núcleos rurales no se produjo hasta fechas relativamente recientes (años 60).

## CHALECO Y CHAQUETA

Prenda casi obligada era el chaleco, que iba sobre la camisa. Entallado, con cuello y corte variable según la época, llegaba justo hasta la cintura y se abrochaba con una o más filas de botones en el caso de que fuera cruza-

do. Esta prenda, que, como el calzón, tiene un antecedente directo más allá de nuestras fronteras, se confeccionó en materiales aún más diversos si cabe que los empleados para el resto del traje: si para diario predominaron los hechos en algodón (como la pana), en los reservados a la fiesta o las grandes celebraciones el tejido era más rico. Terciopelos **brocados**, sedas adamascadas y adornos e incluso bordados le proporcionaban un espe-



**Chaleco y faja de seda.**

*Los chalecos más lujosos se costan con piezas diseñadas en seda brocada de varios colores.*

cial atractivo. El chaleco podía ser considerado, junto con el pañuelo de cabeza, el elemento individualizador del vestido. Los de los jóvenes destacaban por un colorido más vivo y alegre, mientras que para los adultos se solían usar tonos más apagados.

Sujetando chaleco y calzón iba la **faja**, enrollada a la cintura. Generalmente tejida en estambote, pudo confeccionarse con materiales más ricos para determinadas ocasiones; así, se han conservado ejemplares de seda de muy diver-

sos colores, a veces muy vivos. Sin embargo, los más habituales fueron los tonos naturales, como el crudo de la lana, o más sufridos como el negro, azul y morado. La función de la faja era servir como gran bolsillo donde llevar los objetos personales: “**moquero**”, petaca, mechero, navaja, monedero...

La chaqueta del traje era una prenda de mucho vestir y estaba confeccionada en el mismo tejido que el calzón. Eran cortas (hasta la cintura, más o menos), y podían llevar diseños en las solapas o acabados que variaban según la moda, como ocurría con los chalecos.

## CALZADO

Para cubrir las pantorrillas, los hombres tenían dos posibilidades: usar medias, con pie y tan solo hasta la rodilla, o bien **calcillas** o «medias de estribo», sin pie pero con una tirilla tejida que pasaba por debajo del talón. Estas piezas se realizaban con agujas en los materiales habituales (lana y algodón) y, generalmente, no llevaban decoración. Sin embargo no faltaban, para ocasiones muy especiales, las medias adornadas con elaborados puntos. Los colores más frecuentes eran el blanco y el negro, aunque las hubo también azules, pardas, moradas y de muchos otros tonos, según el hilo disponible para su confección y sobre todo en función del uso que se preveía darles y del gusto personal del propietario. Debe quedar

claro que, como en tantos otros elementos, el colorido no constituye un rasgo determinante a la hora de adscribir una prenda a una comarca o localidad en concreto; así, por ejemplo, no podemos admitir la identificación que se ha hecho habitualmente de los trajes de Teruel con las medias azules.

Muy a menudo, y protegiendo el pie tanto en verano como en invierno, se colocaban unos gruesos calcetines o **piales**. Las medias iban sujetas bajo la rodilla con ligas de variada factura, igual que vimos para las mujeres. Para abrigar el pie y la pantorrilla había otras prendas quizá menos difundidas pero muy usadas en algunas zonas: los **escarpines**, especie de calcetín o botín confeccionado con grueso paño de lana, y las **polainas**, de paño o cuero, que cubrían desde el pie hasta la rodilla.

Los artesanos de cada localidad confeccionaron un amplio repertorio de tipos de calzado, que variaba en función del uso que se le fuera a dar. El más común era la alpargata miñonera, con suela de cáñamo, puntera diminuta, talonera y abundantes cintas o feladices cubriendo el empeine. Pero eran habituales también otros tipos de alpargatas, como las realizadas enteramente en esparto (espardeñas), las abarcas de piel (o, en época muy reciente, fabricadas con neumáticos), zuecos de diferente factura según la zona e incluso —aunque, como podemos imaginar, de forma minoritaria— zapatos y botas.

## PAÑUELOS Y SOMBREROS

En la cabeza se solía llevar un pañuelo, prenda que, según su calidad, colorido y colocación, transmitía una idea acerca de la personalidad del individuo que lo llevaba y de la ocasión para la que se lo había puesto. Por ejemplo, los de colores y diseños más llamativos eran propios de los jóvenes, quienes a la hora de ponérselos podían hacer diferentes tipos de nudos: con las puntas recogidas o sueltas, con lazada, con doble vuelta, en forma de gorra, etc. El término cachirulo, hoy tan popular, no se conoció entre nuestros antepasados porque fue acuñado por el conocido folclorista Demetrio Galán Bergua bien avanzado el siglo XX.



**Pañuelo de cabeza.**

*Modelo de pañuelo de fiesta, en seda brocada, con nudo de azucena.*

Sin embargo, no fue el pañuelo la prenda que consideraron característica de los aragoneses los viajeros de otras tierras que recorrieron la nuestra en épocas pasadas. Al describir sus trajes, lo que más llamó su atención fue el uso de

alpargatas, mantas y **sombreros** de alas muy anchas. Era, en efecto, habitual que los hombres se cubrieran con sombreros u otras prendas similares para protegerse del caprichoso clima de esta tierra: sol de justicia en verano, frío intenso en invierno y frecuentes lluvias en áreas de montaña.

## EL ABRIGO

El clima determina también la necesidad de llevar prendas muy abrigosas para el invierno. Entre ellas fue muy común la manta, parda o de cuadros en vivos colores. La capa, de paño negro o pardo, era pieza no sólo de abrigo, sino de respeto y ceremonial, por lo que se usaba en cual-



### **Tipos zaragozanos.**

*Entre las prendas más características de los aragoneses figuraban las mantas y los grandes sombreros.*

quier época para ocasiones señaladas como podían ser los funerales. Otros modelos de abrigo muy difundidos fueron los gabanes, las **anguarinas** o **capotes** (que recordaremos al hablar de aquellas comarcas donde fueron de uso más común) y los populares **tapabocas**, especie de grandes bufandas de lana, negras en los casos más sencillos y de colores en los llamados “de astracán”. Estos últimos tenían un acabado de suave pelo que podía ser reversible, con diseños y colorido diferentes en cada cara.

## BLUSA

Una prenda más reciente es la blusa, especie de chaquetilla que comienza a difundirse en la segunda mitad del siglo XIX y que, partiendo de materiales y formas sencillas, se popularizó de tal manera que acabó convirtiéndose en prenda de fiesta o “de mudar”.

Insistamos, una vez más, en que el vestido masculino sufrió más rápidamente, a partir de finales del siglo XIX, el proceso de internacionalización de la moda por el que se comienzan a abandonar las peculiaridades regionales en el vestir para tender a una mayor uniformidad en toda Europa occidental. En la indumentaria de la mujer no se inició este mismo proceso hasta el primer tercio del XX, y eso entre las clases sociales más adineradas; un elemento significativo del cambio de gusto en la forma de vestir fue el abandono, en esa época, de las faldas largas.

## ÁREAS GEOGRÁFICAS



**R**ealizaremos ahora un recorrido por comarcas para ir señalando las características que se pueden considerar interesantes en la evolución del vestido.

El medio físico (relieve, clima...) es, en muchas ocasiones, condicionante básico de la indumentaria: en las tierras frías no se viste de igual forma que en las cálidas, y también hay diferencias notables entre las formas de vestir de las zonas cuyo relieve facilita las comunicaciones y las de aquellas otras aisladas entre montañas. De modo que, para clasificar los tipos de traje usados en tierras aragonesas, nos detendremos en las tres grandes unidades de relieve de la comunidad: los Pirineos, la cuenca del Ebro y el Sistema Ibérico.

### EL PIRINEO

Las características físicas de los valles habitados en los Pirineos aragoneses —paralelos entre sí y perpendiculares al eje de la cadena montañosa— no son, precisamente, las más adecuadas para favorecer los contactos con las zonas fronterizas. Este hecho determinó una mayor pervivencia de las formas más arcaizantes del vestido, que se mantuvieron hasta principios del siglo XX y en algunos casos con posterioridad.

En aquellos valles más abiertos a las comunicaciones, especialmente los centrales del Aragón o de Tena, por donde era frecuente el paso de peregrinos y otros grupos humanos, se adoptaron más rápidamente las nuevas modas, mientras que otros valles más aislados, como Ansó o Echo, conservaron por más tiempo trajes propios de épocas muy anteriores. Este fenómeno se dio sobre todo entre las mujeres, cuyo nivel de relación con otras zonas era menor, mientras que los hombres, obligados como estaban a salir a otras tierras (debido a actividades como la trashumancia, la venta del ganado en el llano o intercambios comerciales y contrabando con el lado francés de los Pirineos), adoptaron formas de vestir más modernas.

En la alta montaña el clima es bastante extremado en invierno, aunque suave en verano. Los hombres y mujeres de la zona tienen una primera necesidad: la de protegerse del frío. Los tejidos utilizados como base del traje serán los de lana, material que se producía en el propio valle, puesto que su principal actividad económica era la ganadería. El hombre necesita aprovechar al máximo los recursos que le proporciona el medio, por lo que la existencia de abundante lana de sus rebaños favoreció el desarrollo de la artesanía textil. Desde el cardado de la materia prima hasta el teñido y abatanado, pasando por el hilado y tejido de gruesos paños, todo el proceso de transformación se realizaba en la zona.

También estuvo muy extendida la elaboración del cáñamo, material básico con el que se confeccionaba la ropa interior. A lo largo del siglo XIX, sin embargo, se fueron introduciendo poco a poco los nuevos tejidos de origen industrial, como el algodón.

Tenemos así los tejidos y fibras de buena parte de las prendas que se hacían de forma artesanal, pero todavía faltan los complementos y aderezos que acompañaban al vestido: cintas de seda, pañuelos de fina lana (**merino**), seda o mezclas de ambos materiales; mantones de diferentes calidades; tejidos de algodón, como los **percales** estampados o los terciopelos y panas; sombreros, joyas... Todos ellos tenían que ser adquiridos fuera de la zona, en las salidas hacia el llano o hacia Francia.

Destacaremos ahora las características más interesantes o peculiares de los distintos valles pirenaicos.

### **Valles occidentales. Ansó y Echo**

Los rasgos característicos de los trajes de esta zona, de personalidad muy marcada, atrajeron desde fechas muy tempranas la atención de estudiosos como Ricardo del Arco, gracias a cuyos trabajos contamos hoy con abundante información sobre ellos.

Tanto la indumentaria tradicional de estos valles como la del vecino del Roncal navarro presentan elementos comu-

nes, con pequeñas variaciones locales. Estas variantes se han querido destacar, en ocasiones, como rasgos definitivos de los trajes de cada valle, con la pretensión de establecerlos como peculiares de cada zona. Aun admitiendo que, en efecto, se produjeron evoluciones paralelas a partir de modelos comunes, no podemos convertir en elementos diferenciadores entre localidades tan próximas cuestiones como la anchura de un cuello de camisa o el color de una faja, que probablemente se debieran más al gusto personal de cada usuario que a su adecuación a un modelo "estándar" del traje de un determinado lugar.

## EL VESTIDO FEMENINO

En estos valles se produjo un fenómeno de pervivencia de los modos de vestir de épocas muy anteriores, especialmente en el caso del traje femenino, para el que se ha señalado un origen tardomedieval. Algunas de las piezas que lo componen, sin embargo, fueron incorporadas en épocas posteriores. El elemento más destacado, que enseguida llama la atención, es el vestido exterior, de paño, largo hasta los pies y realizado en dos piezas: la superior es el **corpiño**, que llega hasta la altura del pecho y puede llevar mangas o no; y la inferior, el sayo, compuesto por faldones fruncidos que desde el corpiño llegan hasta los pies. Este vestido recuerda ciertamente a una tipología de traje femenino datable con bastante fiabilidad en el siglo XV.

Para el valle de Ansó tenemos tres tipos de vestido: la **basquiña**, que es la pieza más conocida, con corpiño negro sin mangas y sayo de color verde; el **saigüelo**, con el corpiño negro y sayo también negro con una banda blanca en el borde inferior, y la **saya**, de corpiño con mangas de color variado y sayo negro.

Bajo esta prenda las mujeres llevaban una camisa, de lino en la parte alta mientras que los faldones estaban hechos de cáñamo o **estopazo**. La camisa lleva un vistoso cuello, llamado **gorguera**, en el que se realiza una compleja labor de plisado y almidonado. También es destacable la costura de unión de las amplias mangas con el cuerpo, por su decoración a base de pequeños bordados a cruceta en color. Sobre la camisa, y cubriendo las piernas, iban las enaguas y refajos sobre las que finalmente se colocaba el vestido.



**Ansotana.**

*La basquiña es una de las prendas más representativas del traje de las mujeres en Echo o Ansó.*

Las prendas que se llevaban sobre esta base variaban según fuera día ordinario o de fiesta. A diario se vestía basquiña verde con manguitos de telas oscuras para proteger las mangas de la camisa. Para facilitar los movimientos durante el trabajo podían levantarse la basquiña, dejando a la vista la enagua o refajo. Cubrían la cabeza con un pañuelo de lana o algodón y las piernas con medias de color oscuro. El calzado más usual eran alpargatas o abarcas de piel fruncida por una tira de cuero y de aspecto puntiagudo.

Evidentemente el traje festivo cumplía otra función muy diferente. Para esos casos se guardaba una basquiña especial, muy bien plisada, y se añadían al traje otros complementos, como pañuelos de seda en la cabeza y joyas que no se usaban a diario: los pendientes y un gran broche al cuello, calado y con pedrería, llamado **sofocante**.

Se conoce también la existencia del “traje de cofradía” en el que las mujeres llevaban saigüelo negro con una **escarapela** de cintas sobre el pecho. Encima de ella, y suspendidas de una larga cadena, lucían una serie de joyas de carácter religioso (vírgenes del Pilar, crucifijos y **relicarios**) conocidas como “**la plata**”. Esta ostentación de religiosidad tiene su origen en los siglos XVII y XVIII, como revela la datación de buena parte de las piezas de joyería. Las mangas de la camisa se cubrían con unos manguitos de bayeta blanca, con decoración de pasamanería; iban unidos por la



#### La escarpela de Ansó.

*Las mejores joyas se reservaban para las grandes ocasiones: sofocante al cuello, escapulario y escarpela con la «plata» (Crucifijo, Vírgenes del Pilar y relicario).*



#### Traje de iglesia. 1931. F. Oltra.

*Traje de «ceremonia» femenino con gran mantilla blanca de paño para ir a la iglesia y hombre con chibón de color.*

espalda con la “**cuern**”, una ancha banda de tejido que también se adornaba con abalorios. Normalmente las mujeres llevaban la cabeza descubierta, salvo si entraban a la iglesia, donde por señal de respeto se cubrían con la mantilla ceremonial, de fina lana blanca ribeteada en seda del mismo color.

Si ya es suficientemente rico el atuendo de las mujeres de este valle, para ocasiones muy relevantes vestían trajes aún más espectaculares, como el llamado “de ceremonia”,

usado en bodas y bautizos por la novia y la madrina. Este es el más complicado y costoso de todos. No se llevaba la basquiña verde, sino el saigüelo, y sobre él iba la saya recogida a la espalda, de forma que los faldones laterales quedaban en forma de alas. Por la parte de atrás, en la unión de los dos lados, se colocaba una ancha cinta brocada en seda que colgaba sobre la falda. A este conjunto se añadía un delantal ceremonial realizado en elaborados brocados de seda (con diseños cuyo origen se remonta al siglo XVIII) y de diferentes tonos según el estado civil de la portadora: negro para las viudas, morado o castaño para las que estaban de luto y encarnado con vivos colores y fleco dorado para las demás, en especial las novias. A la cabeza llevaban una toca de ganchillo, protegiendo el peinado (que más adelante describimos), y sobre ella un rico pañuelo y bancal. Durante el siglo XIX se incorporaron los zapatos, reservados para las grandes ocasiones.

En las bodas, al acabar la ceremonia la novia cambiaba su vestido por una basquiña verde con escarpela de cintas sobre el pecho y **“la plata”**. Por supuesto, seguía llevando los pendientes y el sofocante, así como un escapulario sobre el hombro. Las mangas de la camisa se cubrían con manguitos de paño azul marino, decorados con azabaches y ricos botones de plata. La “cuerda”, en este caso, era una ancha banda de estambre tejido, con borlas de seda en los extremos.

Las mujeres ansotanas conservaron un característico peinado que cumplía con la función básica ya comentada para cualquier peinado tradicional: proteger los cabellos de la suciedad y los parásitos. Se trata de los “**churros**”. Para hacerlos se estiraba y peinaba muy tenso el pelo, con raya en medio; una vez separado a los lados, se disponía en dos trenzas que después se forraban, añadiendo un postizo de tela, con una larga y ancha cinta de calidad y color variables. Así forradas, las trenzas se cruzaban alrededor de la cabeza formando una especie de corona que, como hemos visto, podía dejarse al descubierto o cubrirse con un pañuelo.

Para las niñas se conoce el uso de saigüelo de color rojo sobre camisa con cuello de gorguera, manguitos blancos, pequeña escarapela y relicario. Se trata de una adaptación del traje de las adultas.

La estructura del vestido femenino es similar en el vecino valle de Echo, aunque con ligeras variantes que, como comentábamos antes, se han querido caracterizar como elementos peculiares de una determinada localidad; entre los rasgos específicos que se señalan en este caso, figuran la medida ligeramente superior del cuello de las camisas respecto a las de Ansó, o el mayor abullonamiento de sus mangas.

No existe para Echo una documentación tan detallada como para el caso de Ansó, aunque contamos con foto-

grafías de principios de siglo XX. En ellas las mujeres aparecen con basquiñas verdes, camisas de hilo con mangas abullonadas y altas gorgueras. Para proteger los antebrazos se colocaban asimismo, sobre la camisa, manguitos sencillos de tela o ricamente decorados. En las grandes ocasiones vestían una segunda basquiña que se recogía detrás para formar dos alas, mostrando una franja roja o **haldar** que recorría el bajo interior. También llevaban escarapela realizada con cintas, aunque más sencilla, y el conjunto de joyas religiosas de plata que aquí recibían el nombre de **carraza**.

El peinado presenta formas más modernas, como el moño alto o una amplia trenza levantada sobre la nuca; en los dos casos iba decorado con un gran lazo. En determinadas circunstancias podían usarse pañuelos para proteger el cabello.

## ANSOTANOS Y CHESOS

Respecto del traje masculino, ya se ha dicho que el hombre fue quien adoptó con mayor rapidez las innovaciones, dadas sus posibilidades de establecer contactos con otras comarcas. Cuando pasaba a la vecina Francia, o bajaba al Somontano y al valle, tenía ocasión de conocer e incorporar las nuevas modas. Así, los hombres vistieron siguiendo las pautas generales descritas para el tipo de traje habitual en Aragón, si bien tradicionalmente se han señalado para

estos valles algunos elementos que resultan peculiares —aunque no exclusivos— de la montaña.

Un elemento destacado siempre en el vestido de los hombres de Echo y Ansó es el empleo de una especie de chaqueta de paño blanco de abrigo, decorada en las bocamangas, coderas y solapas con dibujos realizados en trencilla negra. Se trata del **chipón** o **chibón** (derivación de jubón), que se usaba como cuerpo, pues iba sujeto por la faja al modo que vimos para el chaleco. Por cierto que el chaleco, cronológicamente posterior, se colocaba sobre el chibón, abierto y sin sujetar a la faja. A diario se usaban otros modelos de chipones de material diferente y colorido más sufrido, para abrigarse en el crudo invierno de las montañas. Esta pieza, sin embargo, no puede considerarse como exclusiva de la zona, pues su uso estuvo extendido por gran parte de Aragón, aunque fue aquí donde se siguió usando hasta época reciente.



**Hombre Ansó.**

*A diferencia de las mujeres, en Echo y Ansó los hombres mantuvieron una forma de vestir próxima a la habitual en el resto de Aragón.*

Se ha mencionado el frío como un factor fundamental a tener en cuenta para entender las características de la indumentaria de esta zona. Piernas y pies se protegían de él mediante gruesos **peales**, con **peazos** o tiras de paño para cubrir las pantorrillas o bien con **borceguíes**, nombre que aquí se daba a los escaarpines.

El resto del traje masculino se ajusta a lo comentado con anterioridad: calzones y chaleco realizados en el mismo material (paño o pana), medias o calcillas y alpargatas para mudar. Para casos muy especiales, zapatos, faja de calidades y color variables y pañuelo en la cabeza.

Sobre el pañuelo se colocaba a menudo el sombrero llamado "**de Sástago**", de copa hemiesférica y con alas cortas, que los hombres compraban en las ferias del llano. Este sombrero "de Sástago" era el reservado para las ocasiones importantes, aunque, evidentemente, los modelos usados a diario serían mucho más variados: con alas cortas o anchas, de copa plana o redondeada, etc.

Como prendas de abrigo eran usuales las mantas y capas, mientras que para los días de fiesta se prefería la anguarina, una especie de abrigo con mangas, corto a la rodilla y con las guardas de un tejido más rico.

Señalemos nuevamente que hay detalles poco significativos, como la decoración de los chibones o el color de fajas y medias, que se han querido establecer como rasgos

diferenciadores entre los trajes usados en estos dos valles; en nuestra opinión, estas cuestiones no dependen más que del gusto personal del usuario o de la persona que confeccionaba las prendas.

El traje que vestía el novio incorporaba elementos que son poco frecuentes en otras zonas, como complementos añadidos a la ropa ya descrita: una ancha cinta de seda adamascada en color violáceo cruzando el pecho; un pañuelo del mismo material (y similar a los usados en otras zonas por las mujeres) atado en pico a la cadera y un adorno de cordones, cintas y borlas de seda de colores en el sombrero “de Sástago”. Para este traje se vestían medias blancas muy elaboradas (las llamadas “de peladilla” por la forma de sus decoraciones), atadas con ricas ligas y probablemente bordadas por la novia con alguna frase alusiva.

Otro tipo de vestimenta peculiar fue la del alcalde. Como primera autoridad de una comunidad tan alejada de los grandes núcleos de población, debía hacer ostentación de los símbolos externos de su cargo. Las noticias disponibles hacen referencia al uso de chipón rojo, zapatos y “**la ropilla**”, especie de abrigo de mangas abiertas, con capuchón en la parte posterior y que recuerda por su forma, al igual que la basquiña en el caso femenino, modelos de trajes tardomedievales.

## Valles centrales y orientales

Conforme nos vamos desplazando hacia el este, en la zona central del Pirineo aragonés, encontramos valles más abiertos y mejor comunicados: los de Aragón y Tena. El primero de ellos fue zona frecuentemente recorrida por viajeros y peregrinos a Santiago. El puerto de Somport era una de los puntos claves de entrada en la península en las rutas hacia Compostela, concretamente de la que seguía el llamado Camino Francés. En su recorrido se encuentra el principal núcleo urbano del Alto Aragón, Jaca, antigua capital del reino aragonés y centro del intercambio comercial de estas comarcas.

Las actividades económicas son similares a las del resto de los valles pirenaicos, aunque matizadas por ese mayor contacto con otras zonas. La principal fuente de recursos era la ganadería, lo que también favoreció el desarrollo de una industria artesanal de tejidos de lana. En el siglo XVIII está documentada la existencia de talleres de tejedores en Biescas, Jaca, Boltaña y Panticosa, así como de un batán en esta última localidad.

El resto de los materiales para la confección (lienzos, algodones y sedas) o los adornos de los trajes (cintas, pañuelos y joyas) se adquiría en zonas próximas, en los comercios de Jaca, por medio de las visitas de pastores trashumantes a las ferias de la tierra baja o en la vecina Francia.

Para los siglos XVII y XVIII se documenta el uso de prendas muy parecidas a las que se llevaron en los valles de Ansó y Echo. Sin embargo, y debido al contacto con zonas de mayor desarrollo, se produjo más tempranamente el abandono de estos modelos de traje y su sustitución por las nuevas formas de la moda internacional.

Básicamente, tanto hombres como mujeres vestían siguiendo las pautas ya señaladas en la descripción del tipo de indumentaria más habitual en Aragón. Para los hombres, traje de dos piezas confeccionado en paño oscuro, con chalecos en el mismo material, medias de colores diversos, pañuelo y sombrero de alas anchas.

La ropa interior de las mujeres también era similar: camisa y enaguas. Como prendas exteriores, dadas las bajas temperaturas invernales, llevaban faldas de paño de lana, en diversos de colores y con llamativos adornos, cubiertas después por otras sayas realizadas en tejidos más finos, en especial para vestirse de fiesta. Esas faldas de paño son las prendas más antiguas: a lo largo del siglo XIX se introdujeron nuevos materiales y, al final de esa centuria, se comenzaron a seguir las modas burguesas con vestidos de dos piezas, de cuerpo muy cerrado y ricamente decorado.

## LOS PASTORES

Para realizar su trabajo, los hombres dedicados al pastoreo, labor primordial en estas tierras, llevaban una indu-

mentaria peculiar. Estos sufridos montañeses pasaban la mayor parte del tiempo a la intemperie, en un terreno húmedo y frío. Había que buscar pues, sobre todo, la comodidad y la protección frente al clima. El pastor llevaba prendas completamente remendadas, a las que en época reciente se fueron añadiendo piezas como la blusa, de origen urbano, hecha con gruesos tejidos de abrigo.



**Pastores. R. Compairé.**  
**Principios siglo XX.**

*El oficio de pastor exige una ropa de mucho abrigo y aislante frente a la lluvia.*

Dado que el agua y la nieve eran frecuentes, estos hombres tenían que encontrar la forma de impermeabilizarse y de reforzar la protección contra el frío. Sobre la ropa vestían varias prendas confeccionadas con piel de oveja o cabra: polainas para abrigar las pantorri-llas, petos de piel de oveja sujetos con correajes para resguardar el vientre y los muslos, y también **pellizas** o **pellizos**, o sea, la piel entera de una cabra puesta sobre la espalda y sujeta con correas cruzadas en el pecho.

Para cubrir la cabeza llevaban diversos tipos de sombreros, generalmente bastante sencillos, y **monteras**, que eran gorros realizados con piel de animales como la oveja, el topo o la ardilla. La montera tenía una vuelta para cubrir las orejas y en su confección se alternaban trozos de piel curtida y con pelo. De uso muy extendido por todo el Pirineo, se ha querido ver en ella la prenda de origen más arcaico para cubrirse la cabeza.

Con respecto al calzado, el más habitual eran las abarcas de piel de vaca, con pelo y sin curtir, envolviendo el pie y sujetas con tiras también de piel, aunque había otros modelos más elaborados con pieles curtidas. Para aislarse de barro y humedades fueron imprescindibles los zuecos, al igual que en las zonas de montaña o muy húmedas de toda Europa. Estaban hechos de madera o de madera y piel, y podían llevar o no herrajes en la suela.

## LA VAL DE CHISTAU Y BIELSA

En la Val de Chistau se han conservado numerosas prendas antiguas; disponemos además de interesantes documentos gráficos de finales del siglo XIX y principios del XX que nos proporcionan abundante información sobre los vestidos tradicionales de este valle. Los trajes de Bielsa presentaban características similares a los chistavinos, con pequeñas diferencias de matiz —como la costumbre de las mujeres de llevar pañuelos blancos bordados bajo el man-

toncillo— que no pueden ser consideradas más que como variantes debidas al gusto de cada persona.

Dentro de la estructura habitual del traje femenino, es bastante característico en estos valles el uso, sobre la camisa interior, de jubones abiertos por delante a modo de justillos, con encordadera de sujeción y gran abertura en el frente en forma de V. Sobre los hombros se llevaban pañuelos y mantoncillos, en modelos y calidades variables



**Pareja de belsetanos.  
1907. J. Soler Santaló.**

*Destacan los corpiños femeninos  
y las blusas masculinas.*

según la ocasión para la que se destinaban y el poder económico de la usuaria. Tendían a remeter las puntas delanteras por dentro del jubón, de forma que quedara cubierta la camisa. Para proteger la falda llevaban grandes delantales, en ocasiones con complicadas labores de plisado en la cintura. El calzado era el habitual ya señalado: alpargatas o abarcas y zuecos para el agua. Sobre la cabeza se anudaban un pañuelo doblado en diagonal, con el pico hacia atrás y atado

por delante. No se puede definir como peculiar el lado al que se dejaba el nudo, pues es un detalle insignificante.

Para el vestido de fiesta variaba fundamentalmente la categoría de los materiales en que se tejían sayas, jubones y pañuelos, que pasaban a ser más costosos, con aparición de sedas y terciopelos. También se añadían otros complementos: ricas y largas cintas de seda colgando de los collares de cuentas (en muchos casos de azabache) o atadas alrededor de la cintura con grandes lazadas. Era muy común en esta zona un tipo de pendientes cuyo empleo queda también constatado en otras zonas tanto del territorio aragonés como del español: se trata de los conocidos como "de bellota", generalmente realizados en plata o cobre sobredorados y formados por tres pizas (el botón, la hoja o lazo y la bellota); no tenían piedras y podían llegar a adquirir dimensiones considerables.

En estos valles también se constató la aparición y extensión de las modas más avanzadas a finales del siglo XIX, con el uso de trajes y mantones, al igual que ocurrió en los valles centrales.

Los chistavinos mantuvieron por más tiempo que en otras zonas el traje de calzón. Los que se reservaban para los días fiesta mostraban ciertas peculiaridades: colores más variados en los paños (aunque siempre dentro de una gama de tonos oscuros) y, sobre todo, tejidos más moder-

nos como el terciopelo y la pana de algodón con que confeccionaban calzones y chalecos. Las prendas que se han conservado llevan finas decoraciones, bordadas en vivos colores, en las aberturas inferiores de las perneras y en las solapas del chaleco. Directamente sobre la camisa y bajo el chaleco, al modo en que los ansotanos llevaban el chibón, se llevaban las ya conocidas blusas, realizadas en materiales más cuidados.

Como se deduce de la mayoría de los documentos gráficos conservados, los hombres solían usar medias oscuras, piales y las siempre presentes alpargatas o abarcas, pues los zapatos o botas quedaban reservados para quienes poseían un mayor nivel económico. Un último detalle constatado en Chistau es que el pañuelo de la cabeza iba atado justo encima de la frente con un nudo en el que se recogían las tres puntas: esta modalidad se considera la más apropiada para proteger el cabello contra la suciedad durante el trabajo.

## LA RIBAGORZA

La comarca más oriental de esta amplia zona que hemos ido recorriendo por el Alto Aragón es la Ribagorza. Las condiciones de su medio físico y económico son similares a las del resto de los valles, rasgos igualmente aplicables a la mayoría de las comunidades asentadas en la alta montaña.

Las características de los trajes de esta amplia comarca se han puesto en relación con la limítrofe Lérida por la aparición de algunas prendas identificadas tradicionalmente con tierras catalanas. Ello es perfectamente comprensible por el constante contacto entre vecinos. Las mujeres visten sayas, camisas y jubones con pañuelos a los hombros. Llamen la atención aspectos como la abundancia de los jubones de paño con encordadera delantera, el grosor de las faldas y una prenda no vista hasta ahora aunque extendida por buena parte de los Pirineos, tanto del lado español como del francés: el **caputxo** con el que se cubrían como prenda de respeto para las ceremonias religiosas y que en algunos casos servía como abrigo y protección contra la lluvia. Se trata de un capuchón de paño negro, con un pico puntiagudo hacia adelante, que se llevaba doblado sobre la frente dejando la cara descubierta, con una borla o **tufa** en el centro que colgaba sobre la nariz.

El traje de los hombres ribagorzanos repite las características ya conocidas, aunque introduciendo un tocado novedoso: la **gorra llarga**, similar a la barretina de los vecinos catalanes. Normalmente se



**Camporrells. 1918.**

*El elemento más peculiar de los hombres de la Ribagorza es el uso bastante generalizado de la llamada «gorra llarga».*

colocaba ésta sobre el pañuelo de cabeza a modo de gorro, recogiénola, por su longitud —entre seis y nueve palmos—, en sucesivos pliegues sobre la frente. Estaban hechas a punto de media o en paño fino, en diversos colores: las negras para luto, las moradas —llamadas “muscas”— usuales entre la gente de edad, y las rojas o “roias”, que eran las preferidas por los jóvenes.

De nuevo aparecen como calzado los zuecos o “socs”, exclusivamente de madera o bien con el empeine de piel, de punta muy levantada y con fuertes herrajes. Los escarpines o borceguíes se conocían aquí como “**pealetas**” y eran empleados tanto por hombres como por mujeres.

Se vistieron distintos tipos de abrigo, como nos cuenta Violant i Simorra en su libro *El Pirineo Español*. El más singular es el **jaique**, gabán con mangas, sobrecapa y vuelo acampanado, con alta tirilla para proteger la nuca. Esta prenda, confeccionada en paño pardo o negro, era propia de personas de cierto nivel económico, en especial ganaderos.

Tras este detallado recorrido por el extremo septentrional de nuestra comunidad, iniciaremos el descenso hacia zonas más cálidas, donde el medio físico resultará más benigno para las diferentes actividades del hombre, sin el clima extremo de la montaña, y por donde han circulado con mayor facilidad las corrientes culturales venidas de fuera, las modas y los comerciantes de otras tierras.

## **LA TIERRA LLANA**

### **El entorno geográfico**

Esta zona es la de mayor extensión dentro de la comunidad aragonesa. Abarca todo el valle del Ebro con sus afluentes, extendiéndose hacia las primeras estribaciones de los sistemas montañosos, desde los Pirineos al Sistema Ibérico. Consideraremos aquí la Ribera del Ebro, Cinco Villas, Monegros, la Violada, el Bajo Cinca y el Bajo Aragón, así como otras comarcas donde comienza a aumentar la altitud según nos separemos hacia el norte o hacia el sur del eje del Ebro: la Hoya de Huesca, el Somontano de Barbastro, la Litera, el Somontano de la Ibérica o el Campo de Cariñena, entre otras.

El medio natural condiciona también aquí los modos de vestir. En primer lugar el clima, mediterráneo continentalizado, lo que determina la aridez de la zona. Las lluvias, escasas y muy desigualmente repartidas a lo largo del año, hacen de esta región una de las más secas de la península Ibérica. Esta aridez resulta suavizada tan sólo por el caudal del río Ebro y sus afluentes. En cuanto a las temperaturas, lo más característico es el fuerte contraste entre estaciones, con veranos muy calurosos e inviernos que pueden llegar a ser extremadamente fríos.

El medio es propicio para una agricultura de cereal, viña y olivo en grandes extensiones del llano, y de huerta en la

proximidad de los ríos. Conforme se asciende hacia los somontanos, van ganando en importancia actividades como la ganadería ovina, base de una antigua producción local de tejidos de lana.

Del mismo modo que el clima modifica y en algunos casos hasta determina el tipo de indumentaria, también tiene importancia la facilidad o los problemas de comunicación con otras zonas, y por tanto la mayor o menor posibilidad de recibir influencias y productos de fuera. En este aspecto la Tierra Llana ha sido una privilegiada. Su relieve poco accidentado ha hecho posibles los intercambios culturales y comerciales con otras regiones a lo largo de la historia. El valle del Ebro es el principal eje de comunicaciones entre el norte de la península Ibérica y el Mediterráneo. Por esta zona circularon importantes rutas comerciales que tenían escala obligada en Zaragoza, centro urbano y comercial de Aragón por excelencia.

### **La influencia de la capital**

En Zaragoza residían las clases sociales más acomodadas, entre ellas la nobleza y la burguesía, que siempre han destacado por adoptar con rapidez las nuevas modas internacionales. Estos grupos privilegiados fueron el espejo donde se miraban los ciudadanos menos afortunados, que poco a poco iban incorporando en sus trajes las innovaciones de los «señoritos». La gran ciudad es un pequeño

mundo en el que están representadas todas las capas sociales: jornaleros, labradores, artesanos o comerciantes, y aquí las transformaciones se asumen con mayor facilidad.

En las zonas rurales de esta zona, durante el siglo XIX, los contactos con la ciudad favorecieron la adopción de nuevas tendencias en el vestido. Zaragoza fue el núcleo principal, pero también tuvieron importancia otras localidades del área que funcionaron como centros comerciales secundarios.

En estas pequeñas ciudades existió una muy variada oferta de tejidos y prendas, procedentes de los más remotos lugares, como consecuencia del proceso de internacionalización de los mercados que se inició en el siglo XIX y que ha continuado hasta nuestros días. En los comercios de Zaragoza, y en menor medida en otras ciudades de Aragón, se obtenían productos textiles de las industrias españolas, en su mayor parte catalanas, pero también llegaban novedades del extranjero. Así ocurrió, por ejemplo, con los chales o mantones de lana de Cachemira: prendas originarias de la India, posteriormente se copiaron en Inglaterra y Francia, desde donde llegaron como prenda de lujo a nuestras tierras (donde fueron conocidos como «de ocho puntas» o «alfombrados»).

El hecho de que las novedades lleguen con mayor facilidad no implica necesariamente un rápido abandono de

las formas tradicionales. Hay que tener en cuenta la población más numerosa la constituían los campesinos del mundo rural, grupo que centra nuestro interés al hablar del traje tradicional y que en general no podía permitirse un brusco cambio de vestuario. Las prendas usadas por este sector presentan las características ya descritas con anterioridad: para las mujeres, enaguas y refajos, faldas, camisa, jubón o chambra, y pañuelos o mantones por los hombros; para los hombres, traje de camisa, chaleco, calzón y chaqueta.

En la ciudad y su área de influencia, sin embargo, el cambio en los gustos respecto de la indumentaria fue más rápido, y la oferta de tejidos y diseños mucho más variada. Así, la máxima diversidad en atuendos y modos de vestir se dio en Zaragoza y en el área central del valle del Ebro y de los somontanos.

Ya en el último cuarto del siglo XIX aparecen las primeras prendas modernas para los hombres: un ejemplo bastante representativo fue la adopción de los pantalones largos, que representaron un cambio rotundo. Las mujeres, mientras tanto, seguían manteniendo modos más tradicionales. Hasta la última década del siglo XIX o primeros años del siguiente no se comenzaron a copiar los modelos de la burguesía introduciendo ricos y decorados cuerpos a los trajes, y aun así se mantuvo el modelo de saya habitual con todo el vuelo fruncido en la parte trasera y con varias pin-

zas o palas en la parte anterior. Las faldas que alargaban ligeramente la parte trasera para poder incorporar el polsón —especie de armazón que levantaba la cadera por detrás—, sólo fueron adoptadas por las clases más pudientes, mientras que el pueblo copió los elementos que consideraba más próximos a su gusto y comodidad.

### EL TRAJE DE BATURRO: LA ENGAÑIFA FOLCLÓRICA

Se ha pretendido durante mucho tiempo unificar esa diversidad de formas en un único modelo de traje típico que representase a nuestra tierra y a sus gentes, para lo que se optó por crear uno que simplificase la estructura de los trajes más abundantes en Aragón, y para ello, por supuesto, se partió de los usados en el valle del Ebro. Esta creación folclórica se definió especialmente a partir de la Guerra Civil, cuando los usos tradicionales ya iban cayendo en el abandono.

El traje «de baturros» que a lo largo de varias décadas representó a los aragoneses en los certámenes folclóricos organizados por el régimen de Franco, surgió de las formas tradicionales, pero introduciendo conceptos como el pinoresquismo y la uniformidad, dentro del empeño por asignar un «traje regional» a cada una de las comunidades españolas. Durante muchos años, la vida tradicional y las costumbres de las pasadas generaciones fueron tratadas únicamente como espectáculo, llegando incluso a conver-

tirse en un número de variedades próximo al género de la revista. Así, vimos cómo los «baturros», ejemplo de la tozudez aragonesa, vestían el cachirulo (término, como ya se dijo, bastante reciente y acuñado por D. Demetrio Galán Bergua) de cuadros rojos y negros, los anchos calzones con grandes calzoncillos al aire o los chalecos sueltos sobre la camisa arremangada. Y las «baturras», airosas y alegres como nadie, fueron acortando las faldas hasta la rodilla, reduciendo al extremo el tamaño de los delantales y abriendo grandes escotes a sus jubones.

Eran trajes para el espectáculo (hasta se conocían como «traje de bailadora»), que se sustituyeron en las últimas décadas por los «de labradora» o los «de gala». En los dos tipos se realizaba la misma simplificación, pero alargando las faldas. Para el «de labradora» se impuso una prenda de lujo que antiguamente no pudo estar al alcance de la mayoría de los bolsillos, como era el **mantón de Manila**. Los «de dama aragonesa» no han llegado a ser más que malas imitaciones de los usados por las clases altas, es decir, un sector de población minoritario que no representaba a la sociedad tradicional aragonesa.

## NOVEDADES EN EL VESTIR FEMENINO.

### MANTONES Y PAÑUELOS

Los mencionados mantones de Manila eran, en un principio, piezas de seda bordadas en China que llegaron a

España a través de las rutas comerciales que partían de Filipinas. Con la incorporación de flecos tejidos, muy pronto se copiaron en nuestro país sobre diferentes calidades de seda. Eran una pieza de lujo, sólo al alcance de unos pocos, en especial los más elaborados, conocidos como «de chinos» por las decoraciones con figuras orientales bordadas que incluso podían tener caras y manos de marfil talladas y cosidas.

Para la población femenina que no podía permitirse esos lujos llegaron a los mercados de las ciudades, y de allí a los pueblos, infinidad de pañuelos y mantones de diferentes calidades, texturas y decoración que pronto encontraron acomodo en las arcas de las aragonesas. Los hubo de todo tipo, como veremos en un escueto inventario de estas prendas tan populares. Variaban en primer lugar los materiales de fabricación: lana, seda, algodón o mezclas de estos productos.

### ***Mantones y pañuelos de seda***

Entre las prendas de seda aparecen desde los más lujosos mantones de Manila, de grandes dimensiones y con ricas decoraciones bordadas a color, hasta los más reducidos pañuelos de cuello con adornos, tanto adamascados como bordados. Los modelos más comunes fueron los siguientes:

***Mantones de ala de mosca.*** *Tejidos en seda de color marrón muy oscuro y decorados en vivos colores con dife-*

rentes motivos bordados (flores, pájaros, mariposas o insectos) que se concentran en los cuatro ángulos de la pieza o tan sólo en dos de ellos enfrentados. Eran prendas de fiesta y sustituían a los de Manila si la usuaria no se los podía permitir.

**Mantones de crespón lisos.** El crespón es un tipo de seda sin brillo que alcanzó una gran difusión. Estos mantones, que se tejían en diferentes colores, tenían grandes dimensiones y se usaban también como prenda festiva o «de mudar», aunque se trataba de una prenda menos rica.

**Pañuelos adamascados.** Muy usados y de dimensiones tan variadas como su colorido, todos tienen decoración de motivos brillantes sobre fondo mate. Estos motivos se localizaban sobre todo en el perímetro de la pieza y en las esquinas.

**Pañuelos de seda estampados.** Eran mucho menos abundantes, sobre todo aquellos cuyas medidas permitían cubrir el busto. Algunos de ellos presentan una determinada modalidad de estampación en seda consistente en la combinación de adamascados y estampados.

**Pañuelos de gro.** Esta denominación popular deriva de un tipo de seda gruesa sin apenas brillo, pero con ella se aludía a una serie de prendas confeccionadas en sedas de diferentes calidades que no siempre pertenecían propiamente a la del gro. Se trata de pañuelos brocados que combinan en el tejido hilos de varios colores para formar la decoración. Predominan en ella los motivos vegetales y geométricos, especialmente cuadros de tonalidades muy vivas que se popularizaron en las últimas décadas del siglo XIX.

## **Mantones y pañuelos de lana**

Las piezas que tenían como materia prima fundamental la lana se clasifican en los siguientes grupos:

**Pañuelos de merino bordados.** *El merino era un tejido elaborado a partir de hilo de lana muy fina, obtenida de las ovejas de esta raza. Sobre este material se bordaron motivos florales y animales que recordaban a los de los mantones de Manila. Para estos bordados se usaban hilos de colores diversos, sobre todo ocre, negro y verdoso, aunque también los hay en tonos crudos, amarillos o rosas. Se usaban para diario, pero siempre y cuando la mujer «se pusiese limpia», es decir se arreglara un poco tras las faenas del día.*

**Pañuelos de merino estampados.** *Los procesos de estampación se generalizaron en la industria textil europea a principios del siglo XIX. Así consiguieron imitar con sistemas baratos el aspecto de los ya mencionados mantones de Cachemira (que llevaban un motivo decorativo característico a modo de una gran coma policromada). Posteriormente se fueron introduciendo otras decoraciones que seguían la evolución de la moda y de los estilos decorativos.*

**Mantones de merino lisos.** *Era el modelo más sencillo confeccionado en este material, al no presentar ninguna decoración salvo en algunos casos el fleco añadido. Lo usual era que el contorno se deshilachara un poco.*

**Mantones de lana adamascados con seda.** *Estas piezas de abrigo mezclan dos materiales con texturas diferentes y en algunos casos combinan también colores. Así, se tejían con motivos adamascados, en algunos casos aprovechaban*

do el brillo de la seda para crear mayor contraste. Predomina la decoración a base de motivos florales repartidos regularmente por toda la pieza y la realizada formando cuadros y rayas. Entre los más apreciados figuran los conocidos como «**amatizados**» o «de soles», con diseños tejidos en forma de cachemires de tonos rojizos y amarillos o dorados mezclados con negro.

**Mantones de lana de pelo.** Este tipo era el que tradicionalmente recibía el nombre genérico de «mantón». Tenían gran tamaño y considerable grosor en el tejido de la lana, que aparecía con largo pelo peinado en una de las caras. Fueron usados por las mujeres como principal prenda de abrigo hasta fechas bastante recientes. Predominan los de color negro, pero también los había azules, ocre, etc.

**Mantones de punto.** De características similares a los anteriores, eran de punto y su confección era industrial.

**Capuchas.** Mantones o chalets de lana, generalmente rectangulares, que se colocaban cubriendo la cabeza a modo de capuchón. Las calidades eran diversas, desde los más lujosos tejidos en lanas de colores —los de Cachemira—, hasta los de fina lana merina en color liso, pasando por los de lana con dibujos estampados.

Una breve referencia final sobre los pañuelos de algodón estampados: como buena parte de los ya mencionados, se fabricaron industrialmente a lo largo del siglo XIX. Por sus dimensiones eran usados preferentemente como pañuelos de cuello o cabeza, aunque no faltaron los más grandes para cubrir los hombros.

A finales del siglo XIX se hicieron muy populares las toquillas y otras prendas de similares características, sobre las que hablaremos al estudiar los trajes de las sierras turolenses.

Vista esta gran riqueza de posibilidades que se ofrecían a las aragonesas a la hora de cubrirse, podemos entender mejor esa casi infinita variedad de vestidos existente, según fueran las posibilidades económicas y la ocupación de cada mujer.

### **El Bajo Aragón y el Bajo Cinca. Los vestidos de Fraga**

Las tierras del Bajo Aragón zaragozano y del Bajo Cinca son fértiles y bien regadas por los ríos que las surcan, lo que las hace prósperas y densamente pobladas. Su clima, con matices mediterráneos, es más próximo al de levante. Son conocidas las excelencias de la fruta de esta zona, especialmente la de Fraga.

Las principales localidades de la zona son Caspe, Fabara, Mequinenza y Fraga. Tradicionalmente se ha venido caracterizando a su indumentaria por el uso de unas determinadas prendas, con el propósito una vez más de establecer un modelo de «traje regional» que les distinguiera de sus vecinos. Y si bien es cierto que en esta zona hubo prendas o formas de vestir en concreto que tuvieron mayor éxito que en otras, no se puede decir que fueran exclusivas.

Hemos hecho ya referencia al mayor contacto de esta zona con el levante, tanto con Cataluña como con Valencia. Los intercambios comerciales con esas regiones fueron muy fluidos durante todo el siglo XIX, lo cual explica algunas características del vestido de sus gentes. Disponemos de abundante información al respecto sobre Fraga, ciudad donde los usos tradicionales se conservaron durante mucho más tiempo, perdurando en algunos casos la indumentaria tradicional de las mujeres hasta nuestros días (las «dones de faldetes»). Sus características peculiares pueden extenderse, incorporando ligeras variantes, al resto del territorio de esta zona.

## EL VESTIDO DE LAS FRAGATINAS

La más destacada de ellas es el uso diario por las mujeres de faldas exteriores de percal (*faldetes*), tejido de algodón barato con decoración habitualmente estampada. Estos tejidos, conocidos también como indianas, llegaron durante buena parte del siglo XIX desde las próximas y florecientes industrias catalanas. El uso del algodón fue común en casi todo el territorio aragonés, pero esta zona es especialmente destacable por la riqueza y variedad de sus diseños.

El éxito que tuvieron desde finales del siglo XVIII las telas de algodón se comprende fácilmente si se analizan las cualidades de este material. Era más ligero, fresco e higié-

nico que los tejidos de lana, por lo que con el paso del tiempo fue cada vez más demandado. Y además era muy barato: la producción masiva de estas telas en las grandes fábricas europeas, y también en la cercana Cataluña, abarató enormemente su coste, con lo que se hicieron mucho más asequibles para la población.

Las mujeres fragatinas vestían varias enaguas, unas encima de otras: blancas de hilo y de piqué de algodón para resguardarse del frío; sobre ellas, una falda de bayeta (pañó más ligero) roja, amarilla o de otros colores; encima, falda bajera de rayas o cuadros y al exterior, la falda de percal estampado, con dibujos en tonos violeta y vinagre, aunque también los hubo de otros colores. De percal se hacían también los delantales. A los hombros llevaban pañuelos y mantones, entre ellos los popularmente conocidos como *alfombrat* o *de meches*, tejidos en mezclas diversas de lana y seda formando dibujos adamascados.

Para trajes de fiesta se utilizó mucho la seda. Parte de este material procedía de la producción local de telares sederos, como los de Fraga, aunque buena parte de él llegaba a través de los intercambios comerciales con el levante, especialmente con Valencia. Allí se daba una floreciente industria de la seda que seguía una larga tradición entroncada con su pasado musulmán.

De modo que las mujeres de la zona vestían espectaculares sedas en sus faldas exteriores, de llamativos colores y

diseños brocados. Estos diseños derivan de motivos decorativos usados en Italia y Francia en los siglos anteriores (XVIII fundamentalmente): guirnaldas vegetales con flores y frutas sobre fondo de color liso. Estas prendas, las más ricas de la indumentaria de cada mujer, se preservaban al máximo y eran utilizadas únicamente para las grandes ocasiones, de forma que pudieran ir pasando de generación en generación; costumbre —o más bien, necesidad— que determinó la gran pervivencia que estas modas tuvieron en la zona.

Antes se hacía referencia a que debajo de las sayas las mujeres llevaban varias prendas; pero al vestirse para un día de fiesta, estas eran mucho más numerosas, lo que para la mentalidad actual no deja de resultar sorprendente: una enagua de hilo, una falda de piqué, otra de bayeta o fieltro, una falda bajera de rayas, la falda de percal, una sobre-enagua más rica y decorada con encajes, puntillas u otros elementos, y sobre ella la falda exterior antes descrita. Para apoyar el conjunto se usaban una especie de rodetes rellenos de tela en torno a la cintura, llamados popularmente **coixinets**.

Como en cualquier región, el traje más elaborado que vestía en toda su vida una mujer era el de novia. Para ello no se escatimaban medios y si era necesario se recurría a pedir prestada («amprar») alguna prenda. Las jóvenes que contraían matrimonio en Fraga vistieron esas ricas sedas



**Mantón de Cachemira.**

*Los mantones y chailes tejidos en lana de Cachemira se usaron como prenda de abrigo de lujo,*



**Mantón de Manila de chinos.**

*Estas piezas bordadas en China se importaban a través de los puertos filipinos y americanos.*

**Mantones de lana.**

*Tres tipos diferentes: mantón «amatizado», tejido con lana y seda, merino bordado y merino estampado.*





**Pañuelo -de gro-.**

*La industria de la seda produjo pañuelos o mantones de los más variados diseños y calidades.*



**Pendientes.**

*Las joyas pasaban de madres a hijas, por lo que pervivieron las mismas formas y modelos durante siglos.*

brocadas, pero con el avance del siglo XIX, en el que se impusieron modas más austeras en cuanto a colorido, incorporaron una última saya de seda negra para asistir a la ceremonia. Fue una tendencia generalizada en todo Aragón, de forma que a fines del XIX y hasta mediados del siglo XX era común que la novia vistiese traje negro el día de su boda.

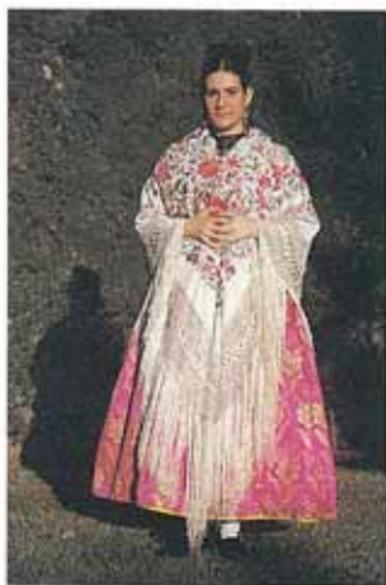
Por encima de los hombros las mujeres lucían mantillas o pañuelos blancos, llamados en Fraga **mocadors enjardinats**, y **bobinés** en la próxima Caspe. Se trata de piezas



**Fraga. Lavando en el río. A. Mas.**

*En el Bajo Cinca abundaron los percales para uso diario en sayas, chambras y pañuelos.*

cuadradas, con o sin volante alrededor, realizadas en batis-ta o tul y bordadas a cadena-ta también en blanco. Su uso en Caspe se hizo frecuente en verano, por lo que se ha que-rido establecer como propio de la localidad. Es más que probable, sin embargo, que estas piezas fueran una más de las introducidas a partir de la difusión de modas extran-geras, adaptadas en nuestro país a los medios disponibles. A lo largo del siglo XIX, las novias acostumbraron cada vez con mayor frecuencia a llevar sobre el bobiné un mantón de Manila bordado en vivos colores.



**Traje de fiesta, Fraga.**

*Espectaculares sedas brocadas y ricos mantones de Manila componían el traje festivo de las fragatinas.*

La novia fragatina de finales del siglo XIX y principios del XX acudía a la iglesia con voluminosa saya negra, rico mantón de Manila y mantilla negra a la cabeza; pero una vez terminada la ceremonia, se retiraba la falda negra para dejar al aire la de seda brocada en colores sobre fondo crudo (-espólin-) o rojo (-de pimientos y tomates-).

## PEINADOS

Merecen mención aparte los peinados conservados en uso en esta localidad. El de mayor antigüedad y que en principio resulta más chocante fue el **picaporte**. Ya se ha hecho referencia a un tipo de peinado similar que durante la primera mitad del siglo XIX fue frecuente en buena parte de Aragón. En Fraga se realiza a partir de una gran coleta que se trenza como un tejido de numerosos cabos (hasta cuarenta y uno y siempre impares). El trenzado obtenido se llevaba hacia la frente, donde se volvía hacia atrás para sujetar el extremo al nacimiento de la coleta. Con el cordón que sujetaba el pelo se ataba también la trenza, para conseguir el aspecto de un gran lazo de pelo. Este peinado fue finalmente reservado para las grandes ocasiones, frente al avance del menos complicado moño de rosca. Pero también este último tiene sus peculiaridades en Fraga, pues partiendo de cuatro trenzas se confeccionaba una rosca que, muy plana y pegada a la cabeza, se disponía en horizontal hasta llegar a cubrir las orejas.

## LAS ROPAS DE LOS HOMBRES EN EL BAJO CINCA

Los hombres siguieron en su traje las pautas generales establecidas para todo Aragón, aunque solían usar tejidos menos gruesos y telas ricas, como el raso, para la confección de calzones y chaquetas de fiesta, así como sedas de llamativos colores y diseños para los chalecos y pañuelos.

En el siglo XIX, una prenda de diario muy extendida entre los hombres fragatinos fue el tipo de calzones conocidos como **ara-güells**. Eran calzones amplios, largos hasta media pantorrilla y confeccionados en cáñamo o lino blanco, muy similares a los que llevaban los huertanos del levante. Parece lógico que se mantuviera su uso en una zona de abundante huerta, dada su comodidad para trabajar en verano con alpargatas y sin medias. Llegó a ser una prenda de «vestir», acompañada en ese caso con el chaleco y las medias.



**Novios de Fraga.**

**J. Soler Santaló, 1908.**

*El traje de novios era siempre el más lujoso y se elaboraba con los mejores materiales.*

Se trataba al parecer de un uso tardío, porque en el siglo XVIII eran frecuentes prendas con características similares, aunque más cortas, en buena parte del valle del Ebro.

### **Acerca de algunos equívocos**

Se han extendido ciertos tópicos referidos a localidades y comarcas concretas del área central de Aragón que, sin negar su parte de verdad, deben ser aclarados. Uno de los más repetidos es la especial predilección que tenían las mujeres de las Cinco Villas, y especialmente las taustanas,

por los mantones de Manila «de cinco rosas». Tras haber visto cuál era el principal «inconveniente» de esta prenda —su precio—, se comprende fácilmente que fuera una pieza muy valorada, y por tanto recordada con especial cariño, por aquellas personas que mencionan su uso. Al mismo tipo de información distorsionada corresponde la popularidad de las sayas «de plata» hechas con sedas muy brillantes en Lécera, o el ya mencionado bobiné en Caspe.

### **Los vestidos de Alcañiz**

Terminaremos nuestro recorrido por el llano en la depresión del Ebro y en los somontanos del Bajo Aragón turolense. En concreto en la ciudad de Alcañiz, para la que se han establecido tradicionalmente diferenciaciones poco claras entre el vestir de las labradoras y el de las artesanas.

Para las artesanas se ha descrito como propio un traje que a los elementos usuales añadía dos piezas peculiares: un pañuelo de merino estampado cruzado sobre el pecho y una falda de algodón de cuadritos con plisado muy fino, salvo en la parte delantera, donde se llevaba un delantal azul marino a topos blancos. Desde nuestro punto de vista, una vez más resulta totalmente exagerado pretender crear una especie de «uniforme» propio de un grupo concreto. Los documentos fotográficos y materiales corroboran la existencia de estas prendas, pero no por ello se deben adjudicar a un grupo social determinado, pues junto con

esas prendas se usaron también todas las demás que eran habituales en la época que nos ocupa.

De los peinados de estas mujeres mencionaremos el **pelo rodado**, realizado con dos o tres trenzas sujetas en la nuca, enroscadas en el mismo sentido y de cuyo centro colgaban unas cintas negras. También el gran moño de rosca que llegaba a cubrir toda la parte posterior de la cabeza, al modo de una gran torta sobre la que se colocaba una llamativa cinta o lazo de colores conocida como **quiquiriquí**.



**Saya de bayeta estampada.**  
*Estas prendas se hicieron muy populares en el Bajo Aragón.*

Respecto del traje de los hombres de esta comarca es destacable la proliferación, entre finales del siglo XIX y principios del XX, de las blusas, en particular unas especialmente cortas y muy decoradas que se usaron como prenda «de vestir». Esta característica se ha relacionado con la difusión que dicha prenda tuvo por todo Aragón y Levante a fines del XIX y que enraizó especialmente en las sierras de Teruel.

## SISTEMA IBÉRICO

Nos detendremos ahora en el Sudoeste de la comunidad aragonesa, área que engloba casi toda la provincia de Teruel y el extremo occidental de la de Zaragoza. Se trata de un territorio dominado por las sierras de montaña del Sistema Ibérico y por tanto bastante accidentado, con gran cantidad de pequeñas sierras que en algunos casos dificultaron las comunicaciones con otras regiones. El clima que caracteriza a la zona se relaciona con el del valle del Ebro (mediterráneo continental), aunque se encuentra matizado por su mayor altitud. Las temperaturas son más extremas, especialmente en el invierno, y mayores las precipitaciones, en muchos casos de nieve.

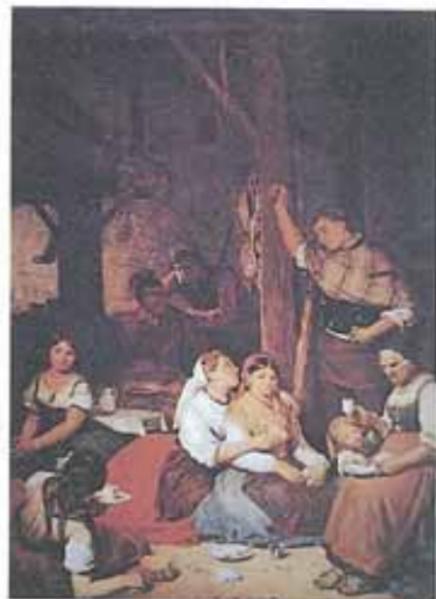
### Desde el Moncayo hasta Albarracín

Las tierras más al norte de esta banda montañosa son las que rodean a la mayor elevación de la cordillera: el Moncayo. Aunque en principio las ropas conservadas y la



**Niños. Primer cuarto del siglo XX.**  
*Los niños visten, a partir de una cierta edad, los mismos modelos que los adultos.*

memoria que se guarda de ellas no reflejan unas características muy diferenciadas del resto de las ya estudiadas, contamos para esta zona con unos testimonios especialmente valiosos datados en la segunda mitad del siglo XIX. Se trata de los dibujos y pinturas de Valeriano Bécquer y de las descripciones de tipos populares hechas por su hermano Gustavo Adolfo en el libro *Cartas desde mi celda*, obras realizadas durante las estancias de ambos en el monasterio de Veruela entre 1864 y 1870.



**Valeriano Bécquer. «El chocolate».**  
Hacia 1865.

*Mujeres con sayas de paño de colores y justillos abiertos, y hombres abrigados con mantas.*

Los hermanos Bécquer describen o pintan trajes femeninos en los que predominan las faldas confeccionadas en grueso paño de lana de colores (rojos y amarillos, relata el poeta), con apliques en otros tejidos. En muchos casos estas mujeres visten camisas blancas con justillos sin mangas, abiertos mediante encordadera por delante y por detrás, y cubren sus hombros con pequeños pañuelos, llevando los picos hasta la cintura de forma que alarguen el talle de la mujer.

En estos dibujos y pinturas destaca, en primer lugar, la disposición de las faldas para facilitar el trabajo, recogién-dolas dobladas en la cintura para formar un rulo vertical por detrás; o la forma de abrigarse levantando por detrás la falda más exterior hasta llegar a cubrir la cabeza. Estos hábitos apenas se han recogido en fotografías, debido a que el acto de tomar la imagen representaba para el retratado un momento relevante de su vida, incluso cargado de cierta magia, por lo que se esforzaba en mostrarse con su mejor aspecto y no en actos de la vida cotidiana.



**Valeriano Bécquer. Dibujo.**

*Escena festiva que retrata a la sociedad rural de la zona.*

Es también usual la representación del peinado femenino de picaporte, ya descrito y caracterizado como el más extendido por las tierras aragonesas hasta la mitad del siglo pasado.

También en el caso de los hombres estos documentos aportan matices peculiares. Se observa el gusto por las mantas rayadas y la disposición del pañuelo de cabeza como una estrecha banda que rodea la cabeza dejando las

puntas sueltas, aunque este último rasgo no debe considerarse diferencial. Aparecen en las obras de Béquier prendas tan frecuentes y conocidas como las grandes capas de paño oscuro con esclavina, los calzones cortos y ajustados o las abarcas, pero también otro tipo de piezas no mencionadas hasta ahora y que sin embargo se conocieron en todo el territorio aragonés. Entre ellas, una especie de chaleco de paño de lana, muy cerrado al cuello, de abotonadura cruzada y pechera decorada con otro tejido más fino. En algunas zonas del Pirineo se denominó a esta prenda **armilla**.

Desde el Moncayo descenderemos ahora a los valles del Jalón y del Jiloca, comarcas que, en lo referente a la indumentaria tradicional, se asemejan bastante a las formas del valle central del Ebro y Zaragoza. Está claro que la existencia de importantes vías de comunicación a través de estos valles favoreció la adopción de los modelos más avanzados, especialmente en ciudades como Calatayud, núcleo urbano de gran influencia en la zona.

## LAS SIERRAS MERIDIONALES

Nuevamente iniciamos el ascenso hacia regiones occidentales en las que el clima de montaña (Sierras de Vicort, Algairén y Cucalón y Montes Universales) influye notablemente en las condiciones de vida de sus habitantes. La economía de los pueblos de esta zona se basó en la ganadería y en el aprovechamiento de la madera de sus bosques,

especialmente en la comunidad de Albarracín. Las labores agrícolas también fueron importantes aunque tuvieron que adaptarse a la orografía del terreno, llegando a ser de mera subsistencia.

Al igual que en las regiones de montaña del norte aragones, fue general en esta zona el aprovechamiento de la lana de los ganados para confeccionar las prendas más utilizadas. También aquí existieron tejedores e instalaciones como los batanes, imprescindibles para la elaboración de buenos paños de lana, entre los que destacan los de **cordellate** (tejido basto cuya trama forma cordoncillo). Este paño, considerado característico de esta zona, fue también confeccionado en la mayoría de las comarcas productoras de lana. Dada la ocupación primordial de los habitantes de estas sierras —pastores que pasaban buena parte de su tiempo a la intemperie—, es comprensible la abundancia de las prendas de abrigo y de protección frente a la lluvia.

Para diario era habitual que las mujeres llevaran sobre la camisa chambras de colores sufridos, así como varios refajos o faldas de paño cubiertas con la saya exterior, más fina (ya se ha visto cómo en caso necesario remangaban ésta para no ensuciarla durante el trabajo). Para evitar cargar demasiado las caderas y que su volumen fuese exagerado se confeccionaron refajos en cuya parte superior —que no se veía normalmente— se colocaba una pieza de tela más delgada.

La parte inferior de la falda se decoraba de diversas formas: con cenefas recortadas en paño de otros colores o en terciopelo, con cintas de diversos materiales y colores, con bordados (generalmente monocromos contrastando con el fondo) o con estampaciones de motivos geométricos y vegetales, que fueron evolucionando a lo largo del siglo con la introducción de nuevos estilos; los de principios del siglo XX representaron estilizaciones vegetales de claro trazo modernista.

Eran abundantes los pañuelos y mantoncillos, de diversa calidad y colorido aunque con preferencia por los de fina lana, y las toquillas, prenda que, a pesar de ser relativamente reciente —su uso se extendió en el último cuarto del siglo XIX— alcanzó una gran popularidad en buena parte de las comarcas aragonesas. Las que se llevaban como abrigo a diario se tejieron a punto tupido en lana. Muchas de las conservadas son negras, más sufridas y apropiadas para los lutos, pero las hubo de diversos colores. En la cabeza llevaban pañuelos como protección frente al frío, la suciedad y los piojos, que aparecían frecuentemente como consecuencia del contacto con el ganado.

Con mayor motivo, puesto que pasaban más tiempo a la intemperie, los hombres también tenían que adaptar sus ropas al clima, y así vistieron gruesos calzones y chalecos de cordellate, medias de lana, piales, abarcas, polainas, espalderos de piel de cabra u oveja, mantas, pañuelos y

sombreros. Un complemento muy habitual, como en muchas otras zonas, era la alforja o el **talego**, piezas imprescindibles para llevar los enseres personales y, sobre todo, la comida del día.

Por lo que se refiere a los trajes de fiesta empleados en estas sierras, así como en casi toda la provincia de Teruel, hay que remitirse a los elementos característicos comentados para el conjunto de la región. El retraso a la hora de copiar las modas del momento se debió, sobre todo, a la dificultad en las comunicaciones: los productos textiles de la industria llegaron en mucha menor cuantía, lo que determinó la mayor pervivencia de las formas de vestir tradicionales. De hecho, podemos situar aquí algunos de los casos más tardíos de conservación del calzón corto entre los hombres.

### **Sierra de Gúdar y Maestrazgo**

Llegamos a la última zona que nos queda por estudiar en nuestro breve análisis del vestido tradicional en Aragón. No queda para el final por casualidad, ni tampoco por la acostumbrada división que deja como hermana pobre a la provincia de Teruel, sino todo lo contrario: el reciente estudio de F. Maneros y C. Aguarod proporciona abundantísima documentación para esta zona, lo que permite conocer con bastante detalle no sólo las prendas conservadas en la sierra de Gúdar y el Maestrazgo, sino también las condiciones de vida de sus hombres y mujeres durante el siglo XIX y el primer tercio del XX.

Como es de suponer, se ha constatado el uso de las prendas habituales para el conjunto de la región aragonesa, por lo que no es necesario insistir en aspectos ya vistos anteriormente.

Las características del terreno determinaron la existencia de dos tipos de poblamiento: el de núcleos concentrados y el de masadas, exponente del hábitat disperso propio de buena parte de las sierras turolenses. Ambas modalidades participaban de una economía de subsistencia que compaginaba la agricultura cerealística, la ganadería y el aprovechamiento de los pinares.

Del mismo modo, la organización del relieve de la zona hizo más fáciles los contactos con la comunidad valenciana que con Teruel y el resto de Aragón. Los intercambios comerciales con el Levante fueron muy intensos durante el siglo XIX, y ya en el XX esta zona fue lugar habitual de destino para los emigrantes de la sierra.

Las características de su indumentaria no presentaban grandes diferencias con las de las demás comarcas de las sierras turolenses. Tampoco las hubo entre las de los masoveros (habitantes de las masadas) y las de los vecinos de los pueblos. Sin embargo, se producía un fenómeno que ya se ha comentado para el conjunto de Aragón: la pervivencia por más tiempo de las prendas tradicionales entre los masoveros. Su mayor aislamiento respecto de las nuevas corrientes y del

comercio explica que las innovaciones en las formas de vestir llegasen más tarde y que los últimos usuarios del calzón —por poner un ejemplo— pertenecieran a este grupo social.

La preponderancia de los tejidos de lana en las prendas de esta zona se hace todavía más evidente cuando vemos cómo, además de la tradicional artesanía de la lana, muy extendida, se produjo en la comarca desde mediados del siglo XIX una industrialización del sector que aprovechaba la materia prima de los ganados y los cursos de agua. Las fábricas de hilados y tejidos actuaron como dinamizador de la economía de la zona hasta la Guerra Civil. Por lo que respecta a otros materiales, el lino y el cáñamo solían tejerse artesanalmente, mientras que los algodones y las sedas llegaban desde Cataluña y Levante por vía comercial.

El calzado también era producto de la artesanía local. Dadas las condiciones climáticas se hizo necesario el empleo de abarcas, espardeñas y zuecos (en este caso los llamados abarqueros, de suela de madera con talonera y empeine de esparto). Todas estas modalidades, utilizadas básicamente para trabajar en el campo, se confeccionaban en casa, o cuando menos en la propia localidad, y sólo con el paso del tiempo llegó la especialización y la compra de estas piezas en el comercio. Las alpargatas se consideraban en principio un calzado para las ocasiones importantes, categoría que ocuparon después los zapatos y botas, cuando gracias a la industrialización se redujeron sus precios.

Las mujeres vistieron diferentes tipos de faldas que recibieron una denominación peculiar. A partir de las producciones propias de telares caseros, se confeccionaron en estas localidades varios modelos de sayas o refajos como los llamados «**de virones**», «**de tartán**» y «**de cenefa**». Todos ellos se tejían con una mezcla de lana, algodón y cáñamo, lo que les daba un acabado áspero y rígido. Las «de virones» tenían rayas verticales sobre fondo liso en varios colores; las «de tartán» hacían cuadros, generalmente combinando el negro y otro color más vivo (blanco, rojo, fucsia), y las «de cenefa» destacaron por su especial consideración entre las mujeres de estas localidades: seguían el sistema de las sayas de tartán, pero introduciendo en la parte baja una trama de algodón de vivos colores formando una llamativa cenefa tejida.

## LAS NUEVAS MODAS DE FINALES DEL SIGLO XIX. LAS TOQUILLAS

Otras prendas que se popularizaron enormemente a finales del siglo XIX fueron las toquillas. Piezas de lana tejidas a punto, fueron sustituyendo a los pañuelos y mantoncillos en el gusto de las mujeres de la mayor parte del país. En principio eran de abrigo, pero poco a poco fueron adoptando formas variadas y acabados especiales que las convirtieron en prendas imprescindibles para cualquier ocasión. Invierno o verano, fiesta o diario, para todo

momento existieron toquillas apropiadas. Las más sencillas de abrigo se tejieron en lana, mientras que «para mudar» se utilizó el llamado «pelo de cabra», fibra de lana muy rígida inicialmente procedente de este animal, pero que después se imitó en su brillo y textura con materiales de otras procedencias.

Los tipos de toquillas que se han documentado son muy variados: **manteletas** o pequeñas **capelinas** que cubren los hombros dando un aspecto redondeado; **toquillas** propiamente dichas, cuadradas o triangulares, que adquieren en su colocación la forma de un pañuelo; modelos más ornamentales como las **pelerinas**, muy caladas y decoradas incluso con cintas de seda; o los **cuellos**, reducidos a la mínima expresión para cubrir justo los hombros y formar un pronunciado pico por delante. En general su confección fue industrial, aunque no faltaron casos en que eran realizadas por las propias usuarias. Este tipo de prendas, enormemente populares en el cambio de siglo, fueron utilizadas en casi toda España.



**Toquillas de pelo de cabra.**

*Las más lujosas combinaron este material con cintas de seda y otros adornos.*

## LOS HOMBRES Y SUS BLUSAS

Si para las mujeres las toquillas constituyeron una prenda de transición hacia modas más avanzadas, para los hombres

ese papel corresponde a las blusas. En un principio eran propias del traje de los operarios industriales en las zonas más desarrolladas del país, pero a partir de mediados del siglo XIX empezaron a formar parte de la indumentaria popular. Su comodidad y bajo coste favorecieron su rápida



**Blusa masculina de seda (detalle).**

*Las blusas acabaron convirtiéndose en prendas de fiesta al confeccionarse en materiales ricos.*

difusión, que tuvo lugar mucho antes que la del ya mencionado y revolucionario pantalón largo. Se trataba de una especie de chaqueta de tejidos más bien ligeros, amplia y abierta por delante, y estaba formada por dos partes: una superior o canesú que cubría los hombros y un faldón fruncido que bajaba aproximadamente hasta la cadera. Su uso se extendió por la mayor parte del país, y en Aragón su éxito la llevó a adoptar formas más elaboradas, con tejidos de calidad y decoraciones a base de loras y bordados, hasta llegar a ser pieza de fiesta o «de vestir», como sucedió en Alcañiz.



**Lécer, hacia 1920.**

*El uso de las blusas entre los hombres se extendió mucho gracias a su comodidad y bajo precio.*

## CONCLUSIÓN



**T**ras este somero análisis de las peculiaridades del traje tradicional en Aragón, se constata, por un lado, la evolución que se produce en los usos de las distintas prendas y, por otro, la tremenda diversidad existente entre comarcas. A lo largo de los siglos esta tierra ha sido, y sigue siendo, encrucijada de caminos por donde han circulado las más variadas corrientes culturales, de las que los aragoneses fueron seleccionando lo que podía resultarles más adecuado para adaptarlo a sus particulares modos de vida. De ahí los dos aspectos que hemos intentado valorar a lo largo del texto: por un lado, la pervivencia de elementos de un mayor arcaísmo; por otro, la introducción de nuevas formas, materiales y usos. Todo ello dentro del proceso de la dinámica histórica de Aragón y del resto de España —e incluso de Europa—, de forma que nuestra visión tuviera un carácter más amplio, que nos alejara de la pretensión de buscar «hechos diferenciales» para el traje aragonés.

Y terminaremos insistiendo en algo que nos parece importante: frente al afán por definir y detallar características generales y formas concretas para cada traje local, creemos probado que no es posible declarar exclusivo de una población un determinado modelo o forma de vestir. Esta

actitud sólo puede llevarnos a falsear —y uniformar— una de las características básicas del vestido de hombres y mujeres: su matiz individualizador con respecto al grupo. Jóvenes o viejos, ricos o pobres, decididos o indecisos, cada persona manifiesta en su particular modo de vestir su propia personalidad y sus circunstancias. Sólo los uniformes, militares o de cualquier otro tipo, se ajustan a unas características rígidas de las que nadie puede salirse.

Así pues, de nosotros dependerá que el uso actual de la indumentaria tradicional sea un homenaje a nuestro pasado, una constancia de nuestra historia cotidiana, o se convierta en una exhibición de disfraces vacíos de contenido humano y de personalidad.

# Glosario



- Abarcas o Albarcas** – Calzado de cuero crudo que cubre sólo la planta de los pies, con reborde en torno, y que se asegura al empeine y tobillo con cuérdas o correas llamadas abarqueras.
- Abatanar** – Batir o golpear el paño de lana en el batán para desengrasarlo y darle cuerpo.
- Adamascado** – Tejido que combina diferentes calidades de material (sedas, seda y lana, etc.) para formar dibujos con texturas mates y brillantes, generalmente en el mismo color.
- Alpargatas** – Calzado de lona con suela de esparto o cáñamo, que se asegura al pie por simple ajuste o mediante cintas.
- Amatizado** – Nombre que se daba a un tipo de mantones de lana y seda adamascados, con diseños de cachemires en tonos rojizos y dorados mezclados con negro. Eran piezas de abrigo de cierto nivel.
- Anguarina** – Especie de abrigo o gabán de paño recio, algo acampanado y con mangas, que llega aproximadamente a la rodilla.
- Aragüells** – Nombre que se daba en Fraga a unos calzones amplios, largos hasta media pantorrilla y confeccionados en cáñamo o lino blanco, que eran prenda exterior habitual de los huertanos.
- Armilla** – Chaleco de paño de lana, muy cerrado al cuello, de abotonadura cruzada y pechera realizada en otro tejido más fino.
- Bobiné** – Nombre que se daba en Caspe a unas mantillas o grandes pañuelos cuadrados, con o sin volante alrededor, realizados en batista o tul blanco y bordados a cadeneta del mismo color.

- Brocado** – Tejido fuerte de seda con dibujos de distinto color que el del fondo. También, tela de seda entretejida con hilos de oro y plata.
- Cachemir** – Tejido de pelo de cabra mezclado, a veces, con lana. Motivo decorativo en forma de gran coma característico de estos tejidos.
- Calcillas** – Medias masculinas que cubren desde la rodilla hasta el tobillo, dejando el pie al descubierto, al que se sujeta la prenda por medio de una tirilla o estribo.
- Calzón** – Pantalón hasta media pierna usado por los hombres como prenda exterior.
- Capelina** – Capa corta en forma, conocida también como esclavina.
- Capote** – Prenda de abrigo de grueso paño, con o sin mangas.
- Caputxo** – Nombre que recibe en la Ribagorza un capuchón de paño negro, con pico puntiagudo, con el que se cubrían las mujeres como prenda de respeto para las ceremonias religiosas y que en algunos casos servía como abrigo y protección contra la lluvia.
- Carraza** – Nombre dado en Echo al conjunto de joyas que las mujeres lucían sobre el pecho en las grandes ocasiones.
- Cenefa, sayas de** – Faldas tejidas en Gúdar y el Maestrazgo con una mezcla de lana, algodón y cáñamo y que llevan en el bajo una franja tejida en algodón de vivos colores.
- Chambra** – Prenda femenina para cubrir el cuerpo, poco ajustada y con manga larga. Especialmente se llama así a las de algodón o lanilla que se usaban a diario, con abotonadura y entalladas a la cintura.
- Chibón o Chipón** – Chaqueta de bayeta o fino paño blanco, decorada en las bocamangas, coderas y solapas con dibujos realizados en trencilla negra.
- Churros** – Peinado característico de las mujeres del valle de

Ansó, consistente en dos trenzas forradas con una larga cinta que se cruzaban rodeando la cabeza y que formaban una especie de corona.

**Coixinet** – Rodetes rellenos de tela que se colocaban las mujeres del Bajo Cinca en torno a la cintura para apoyar la gran cantidad de faldas que llevaban.

**Cordellate** – Tejido basto de lana cuya trama forma cordoncillo.

**Corpiño** – Justillo. Cuerpo o jubón sin mangas. Parte superior de las basquiñas en el Pirineo occidental.

**Crespón** – Tejido fino de seda de aspecto rugoso que se consigue trenzando hilos que previamente han sido sometidos a diferentes torsiones.

**Cuello** – Pequeña toquilla tejida que apenas cubre los hombros y baja por delante en dos largos picos hacia la cintura.

**Cuerda** – Cordón de estambre o cintas que une por la espalda los manguitos del traje de ansotanas y chesas.

**Cuerpo** – Prenda de mujer similar a la chambra (v.), aunque más decorada y de materiales más ricos, imitando los vestidos de la burguesía de finales del siglo XIX.

**Enagua** – Prenda interior femenina a modo de falda o vestido, generalmente en tejidos blancos y decorada.

**Encordadera** – Cordón que sujeta y ajusta el corpiño o justillo.

**Escarapela** – Adorno formado por cintas de varios colores, fruncidas o formando lazadas alrededor de un punto central.

**Escarpines, Borceguíes o Pealetas** – Especie de calcetines o botines muy ajustados al pie, confeccionados con grueso paño de lana, que servían para abrigar los pies bajo el calzado.

**Espardeñas** – Alpargatas fabricadas íntegramente con cuerda de esparto.

**Estopazo** – Tela gruesa que se teje con la estopa, parte más gruesa del lino o cáñamo.

- Faja** – Tira de tela o tejido de algodón, lana o seda con que se rodea el cuerpo por la cintura.
- Faltriquera o Faldriquera** – Bolsa para guardar pequeñas cosas que se ataba a la cintura sobre las enaguas y a la que la mujer accedía a través de las aberturas laterales de saya y refajos.
- Gorguera** – Cuello de camisa muy elaborado a base de plisados y almidonado. Propio de la vestimenta de ansotanas y chesas.
- Gorra Llarga** – Gorro masculino tubular, confeccionado con paño o a punto de media; similar a la barretina catalana, fue utilizado antiguamente en la Ribagorza.
- Haldar** – Pieza de tela que recubre la parte inferior interna de las faldas femeninas. Servía para reforzarlas, darles cuerpo y proteger el bajo de la suciedad.
- Jaique** – Gabán confeccionado en grueso paño de lana, con mangas, sobrecapa, vuelo acampanado y alta tirilla para proteger la nuca.
- Jubón** – Prenda femenina que cubre el cuerpo, ajustada y con mangas.
- Justillo** – Prenda sin mangas que cubre el cuerpo desde el cuello a la cintura, y queda ajustado por estar hecho de piezas cortadas en forma.
- Manila, Mantón de** – Pañuelo cuadrado grande de seda, con bordados y flecos. Originario de Cantón, en China, llegaron a España a principios del siglo XIX a través de Filipinas y de las colonias americanas. Desde Andalucía se extendió su uso como prenda de lujo entre las clases populares de buena parte del territorio peninsular.
- Manteleta** – Especie de esclavina o capelina de forma redondeada que cubre los hombros.
- Merino** – Tejido de lana de cordoncillo fino. Su nombre deriva de la lana de las ovejas merinas.
- Mocador enjardinat** – Nombre que recibe el bobiné en Fraga.

**Montera** – Prenda para abrigo de la cabeza, generalmente hecha de paño o pieles.

**Moquero** – Pañuelo de limpiarse los mocos.

**Peales o Piales** – Especie de calcetín, generalmente grueso, que cubre el pie del hombre sobre las medias de estribo o calcillas.

**Peazos** – Paños que se disponen sobre las piernas, sujetos con correas o con tiras de cuero.

**Pelerina** – Pequeña capa corta o manteleta femenina, ricamente decorada, que se anudaba o cruzaba por delante. Se hicieron muy populares a finales del siglo XIX.

**Pelliza o Pellizo** – Prenda de abrigo usada habitualmente por los pastores, realizada con la piel de una cabra que se colocaba sobre la espalda y se sujetaba al pecho por medio de correas. Por extensión, cualquier prenda de abrigo confeccionada con pieles.

**Pelo rodao** – Peinado realizado con dos o tres trenzas sujetas en la nuca, enroscadas en el mismo sentido y de cuyo centro colgaban unas cintas negras.

**Percal** – Tela de algodón blanca o pintada, más o menos fina y de escaso precio.

**Picaporte** – Peinado femenino con forma de lazo vertical, confeccionado con el pelo trenzado al modo de un tejido y colocado en la parte superior y posterior de la cabeza.

**Plata, la** – Nombre dado en Ansó al conjunto de joyas religiosas que las mujeres lucían sobre el pecho en las grandes ocasiones.

**Polainas** – Especie de media calza, hecha regularmente de paño o cuero, que cubre la pierna hasta la rodilla y a veces se abotona o abrocha por la parte de afuera.

**Quiquiriquí** – Nombre de un adorno de peinado en la zona de Alcañiz: cinta o lazo colocado erguido sobre el moño.

**Refajo** – Falda de bayeta, paño o punto que se colocaba sobre las enaguas como prenda de abrigo.

- Relicario** – Joya femenina a modo de colgante conteniendo una reliquia.
- Ropilla** – A finales del siglo XV y el XVI, prenda masculina corta de la que derivará posteriormente la chaqueta. En Aragón, prenda corta de abrigo usada por determinados cargos públicos, particularmente en el valle de Ansó.
- Rosca** – Peinado femenino formado a partir de un número variable de trenzas planas dispuestas horizontalmente sobre la nuca. Admitía múltiples variantes.
- Saigüelo** – Prenda similar a la basquiña, aunque de color negro.
- Sástago, sombrero de** – Sombrero negro, de ala estrecha y copa baja, de uso muy extendido en el siglo XIX.
- Sofocante** – Joya a modo de broche colgante con varios cuerpos, calado y con pedrería.
- Talego** – Saco largo y estrecho, de lienzo basto o de lona.
- Tapabocas** – Prenda para cubrir y abrigar el cuello y la boca. Bufanda de gran tamaño.
- Tartán, sayas de** – Faldas de lana en dos colores tejida formando cuadros.
- Tufa** – Borla, habitualmente de seda, que se colocaba en mitad del borde del bancal para facilitar la colocación de este sobre la cabeza.
- Virones, saya de** – Falda confeccionada con un tejido a base de lana que forma rayas verticales de dos colores.
- Zaragüelles** – Calzoncillos. Prenda interior masculina de hilo o algodón que cubre hasta debajo de las rodillas.

# Bibliografía



- ALBIAC BLANCO, M<sup>a</sup> Dolores: «La cultura material», en *Los Aragoneses*, pp. 235-271. Ed. Istmo. Madrid, 1977.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo y BÉCQUER, Valeriano: *Obra completa en el Moncayo y Veruela (3 volúmenes)* [edición de M. Castillo], Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza, 1992.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio: *Indumentaria Aragonesa: Enciclopedia Temática de Aragón, XI. Traje, vestido, calzado y adorno*. Ediciones Moncayo, Zaragoza, 1993.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio: «Indumentaria y adorno» en *Enciclopedia Temática de Aragón, I. Folklore y música*. Ediciones Moncayo, Zaragoza, 1986.
- BIARGE LÓPEZ, Fernando (Coordinador): *Huesca: Ropas del arcón (indumentaria tradicional). Fotografías 1895-1935*. Diputación Provincial de Huesca, Huesca, 1997.
- GÓMEZ DE VALENZUELA, Manuel: «Vestidos y ajuares en el valle de Tena (1627-1759)», en *Temas de antropología aragonesa* n<sup>o</sup> 6, págs. 22-53. Huesca, 1993.
- IBOR MONESMA, Carolina: «Peinados femeninos tradicionales en Aragón», en *Temas de antropología aragonesa* n<sup>o</sup> 6, págs. 155-190. Zaragoza, 1996.
- MANEROS LÓPEZ, Fernando y AGUAROD OTAL, Carmen: *Mujeres con sayas y hombres de calzón. Indumentaria tradicional en el Maestrazgo y Sierra de Gúdar (Teruel)*. Mira Editores, Zaragoza, 1996.

- MANEROS LÓPEZ, Fernando: «Sombreros y tocados en la indumentaria masculina aragonesa», en *Temas de antropología aragonesa* nº 5, págs. 103-156. Zaragoza, 1995.
- SERRANO PARDO, Luis: «Tarjetas postales costumbristas: Entre el tópico y la fantasía», en *Temas de antropología aragonesa* nº 3, págs. 235-255. Huesca, 1987.
- VV.AA.: *Moda en sombras. Museo Nacional del Pueblo Español*, Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Madrid, 1991.
- VV.AA.: *Ropas ampradas. Trajes populares de Aragón*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 1993.



- 1.- **Aragón y Europa** • Servicio EuroCAI
  - 2.- **La Santa Capilla del Pilar** • A. Ansón y B. Boloqui
  - 3.- **Los Tapices de La Seo** • Equipo Cai100
  - 4.- **Los botánicos aragoneses** • Vicente Martínez Tejero
  - 5.- **El traje tradicional en Aragón** • Jesús A. Espallargas
- 
- 6.- **La economía agroalimentaria en Aragón** • Luis Miguel Albisu
  - 7.- **Baltasar Gracián. La iluminada brevedad** • Ignacio Izuzquiza
  - 8.- **La matacía** • José Ramón Marcuello
  - 9.- **La Navidad** • Equipo Cai100
  - 10.- **Los monasterios de Aragón** • Agustín Ubieta
  - 11.- **El Cid en Aragón** • Alberto Montaner
  - 12.- **Diseño industrial. Una perspectiva aragonesa** • Juan Manuel Ubierno
  - 13.- **El clima de Aragón** • José María Cuadrat
  - 14.- **El nacimiento de Aragón** • Juan F. Utrilla
  - 15.- **Marcial** • Concha García Castán
  - 16.- **La industria en Aragón** • Adolfo Ruiz Arbe
  - 17.- **Los fotógrafos aragoneses** • Carmelo Tartón
  - 18.- **La cerámica aragonesa** • Isabel Álvaro
  - 19.- **El escudo de Aragón** • Equipo Cai100
  - 20.- **La medicina del siglo XVII en Aragón** • Asunción Fernández Doctor
  - 21.- **Gaspar Sanz, el músico de Calanda** • Álvaro Zaldívar
  - 22.- **El retablo de la catedral de Huesca** • Equipo Cai100
  - 23.- **El Ebro** • Amaranta Marcuello
  - 24.- **Magdalena, Navarro, Mercadal** • Ascensión Hernández
  - 25.- **Los fósiles en Aragón** • Eladio Liñán

